

# Cautivos del destino (Capítulos I, II, III y IV).

Marisa Gago Quesada

Image not found.

# Capítulo 1

## CAPÍTULO I

*Montesilvés, frontera de Granada con Almería*

*Junio, 1432*

Muntassir ben Alí cabalgaba por el bosque que rodeaba su casa junto a sus dos hermanos pequeños, los mellizos Mustafá y Fadel. Hacía tiempo que había prometido a los dos muchachos que les enseñaría a utilizar el arco cuando cumplieran doce años. Los hermanos estaban ansiosos por desterrar su tirachinas, única "arma" que Muntassir les permitía utilizar. El joven no había olvidado su promesa, y no se sorprendió cuando, antes del amanecer, los dos hermanos habían irrumpido en su dormitorio aporreando la puerta de madera con insistencia. Muntassir se había incorporado con rapidez para no despertar a su mujer y a su pequeño, y en cuestión de segundos se había vestido con su atuendo de caza que había dejado cuidadosamente preparado la noche anterior.

Antes de salir de la casa, besó cariñosamente a su esposa y miró con ternura a su hijo recién nacido. El joven se había casado hacía un año con la hija de un primo de su padre cuando ambos tenían dieciocho años.

Muntassir y Raissa sólo se habían visto una vez antes de su matrimonio, cuando eran niños. Sin embargo, muy pronto había surgido entre ellos un gran respeto y cariño y, aunque no estaban enamorados, eran felices. Ninguno de los dos habría cambiado la vida que llevaban, ni deseaban nada más que lo que ya poseían.

Muntassir y su esposa vivían con los padres de él y sus dos hermanos en un pequeño palacete en la frontera de Granada con Almería.

La familia tenía a su servicio varios sirvientes, pero ningún esclavo. Su vivienda, pintada de color blanco inmaculado, no era excesivamente grande: constaba de dos dormitorios principales, seis habitaciones y un gran patio interior. No había ninguna dependencia destinada exclusivamente para las mujeres, pues era tanto el amor que el padre de Muntassir profesaba a su esposa, que jamás se le ocurrió incluir un harén en sus dependencias.

La casa carecía de adornos en la fachada externa, aunque estaba decorada con un gusto exquisito en su interior. El pequeño jardín sin amurallar no era excesivamente grande, aunque sí frondoso, poblado de

una gran variedad de hermosos arbustos en flor y árboles de altas copas.

Apartado del bloque principal había un inmenso establo en el que Muntassir y su padre trabajaban juntos en la cría de caballos de raza árabe.

Además, el joven tenía sus propias aficiones. Su tío Faruk, un poderoso visir de Granada, propietario de un vasto territorio y una gran fortaleza amurallada, le había regalado un arco cuando acababa de cumplir seis años. Desde aquel momento aquel regalo se convirtió en su mayor diversión. Dedicaba horas a su pasatiempo favorito. Siendo aún un niño se convirtió en un experimentado y preciso arquero, capaz de atinar a las diminutas aceitunas que pendían de los olivos situados a muchos metros de distancia.

El pequeño Muntassir jamás había disparado a los animales hasta que su padre, por primera vez, le encargó que matase dos liebres para cenar. Él así lo hizo. Primero disparó a una hembra grande, y después abatió a una pequeña. De detrás de los matorrales salieron cuatro liebres menudas que huían despavoridas. Comprendió que había matado a la madre y a su cría, y aunque continuó cazando certeramente cuando su progenitor se lo pedía, su afición por el tiro al arco se desvaneció. No obstante, debido sobre todo a la insistencia de su hermano menor, Mustafá, los tres pasarían el día cazando.

De buena mañana, Muntassir, a lomos de su imponente caballo blanco, se adentró en el bosque junto a sus dos hermanos mellizos, que compartían el viejo y manso equino que años atrás montara su padre.

A mitad de camino anunció que se uniría al grupo Rashad Nasser, uno de los hijos de un vecino, gran amigo de su padre. Rashad tenía dieciséis años, por lo que se avenía más con él, que con sus hermanos pequeños. Ambos disfrutaban conversando, pues el joven se comportaba ya como un muchacho sensato y maduro.

Mustafá y Fadel, a pesar de ser mellizos, tenían un carácter rotundamente opuesto. Mustafá era arisco, impetuoso y mezquino, mientras que Fadel era afable y tranquilo. Sólo Fadel mostraba simpatía hacia Rashad Nasser, quien desconfiaba de Mustafá y se mostraba esquivo con él, por lo que apenas solían intercambiar palabra.

Los tres hermanos habían cabalgado durante una hora cuando se detuvieron al oír la voz de Rashad, que se acercaba al galope montado en su magnífica yegua moteada. El rostro de Mustafá exhibía sin reparo los celos y la aversión que sentía hacia su joven vecino que tan buenas migas hacía con su hermano mayor.

“Enseguida empezarán a hablar de caballos” \_pensó Mustafá con indignación y rabia\_. “Ellos cabalgando en sus grandiosos corceles mientras que Fadel y yo tenemos que compartir este anciano desecho.”

\_ ¡Eh! ¡Muntassir! \_gritó Rashad en la distancia.

Mustafá hizo un ademán de desprecio.

\_ No sabía que Rashad iba a venir con nosotros \_declaró en tono de reproche.

\_ ¿Te molesta?

Muntassir se sentía confuso, pues aunque sabía que su hermano tenía cierta antipatía por su vecino, nunca había mostrado su hostilidad tan abiertamente ante él. Mustafá le explicó el porqué de su recelo.

\_ Me he enterado de que Rashad ha hecho amistad con Pedro, el hijo de Don Juan de la Cabeza... Está haciendo muy buenas migas con ese cristiano...

\_ ¡Ah! Comprendo. Estás celoso \_dijo Muntassir con sarcasmo.

Mustafá trató de ocultar el sentimiento de odio que le produjo aquel comentario, al cual no respondió, ya que Rashad se encontraba a escasos metros de distancia. Sin mediar palabra, continuó su camino, ignorando las protestas de Fadel.

\_ Me avergüenzo de ser tu hermano, Mustafá \_dijo Fadel con desaprobación\_. Detén el caballo. Tu comportamiento ha sido grosero.

Mustafá continuó avanzando, haciendo caso omiso de las palabras de Fadel. Sin embargo, decidió aminorar el paso y esperar a Muntassir y su vecino, pues aunque su hermano mayor era un hombre pacífico, no toleraba la descortesía ni la injusticia.

Muntassir saludó a su amigo con una amplia sonrisa.

\_ ¡Buenos días, Rashad! Hace un día estupendo...

\_ Buenos días, Muntassir... \_balbuceó Rashad\_. No tan buenos para Mustafá... Parece que mi presencia le ha contrariado. ¿Ha pasado algo? \_preguntó preocupado.

\_ Mi hermano se ha levantado con mal pie. Algo muy habitual en él últimamente.

\_ Puedo regresar a casa \_propuso tímidamente Rashad, consciente de que Muntassir rechazaría tal proposición.

Muntassir negó con la cabeza.

\_ Ya se le pasará. Fadel y yo nos alegramos de que hayas venido. ¡Vamos! No nos demoremos; hay que aprovechar el día.

Rashad asintió sonriente.

El verano estaba próximo y lucía un sol espléndido. Los días eran largos y la temperatura agradable.

“Mustafá no conseguirá amargarnos el día” \_pensó Muntassir.

Los dos amigos alcanzaron a los mellizos. Muntassir adelantó a sus hermanos y se detuvo frente a ellos, lanzando una mirada autoritaria a Mustafá. Éste comprendió que había llegado el momento de comportarse. La paciencia de su hermano mayor había llegado al límite.

El pequeño grupo recorrió varias leguas a través del bosque que Muntassir conocía a la perfección.

\_ Debemos mantenernos unidos \_advirtió con firmeza\_. Es muy fácil perderse en la espesura y acabar dando vueltas en círculo.

Al poco tiempo llegaron a un claro del bosque en el que había ido construyendo, a lo largo de los años, un pequeño refugio para resguardarse de la lluvia y las tormentas que más de una vez le habían sorprendido cuando salía de caza.

Rashad y los mellizos desconocían esta pequeña morada secreta. Los tres se quedaron maravillados contemplando la guarida privada de Muntassir. En su interior había numerosos cojines y un colchón con una almohada. Al fondo de la casita se hallaba una pequeña alacena con víveres no perecederos, algunas piezas de vajilla y un candil.

Mustafá y Rashad, dejando al margen sus desavenencias, salieron impacientes de la casa y corrieron, ansiosos, hasta un árbol en el que instalaron una diana. Mientras tanto, en la cabaña, Fadel se acomodó con parsimonia sobre un cojín situado al lado de la ventana. De su zurrón sacó papel y pluma. Muntassir le miró sorprendido.

\_ ¡¿Qué haces?!

\_ No quiero decepcionarte, Muntassir, pero quisiera que me dejases

quedarme escribiendo. Estoy terminando mi libro de poemas...

\_ ¡¿Tu libro de poemas?! No sabía que estuvieses escribiendo un libro de poemas...

\_ Es un secreto... Escribo por las noches cuando todos estáis dormidos. Por favor, no se lo digas a nadie, y mucho menos a Mustafá. Se burlaría de mí.

\_ No se lo diré, no te preocupes. ¿Y de que hablan tus poemas?, ¿de batallas y guerreros victoriosos?

Fadel respondió tímidamente.

\_ Son poemas de amor... No te rías, por favor.

\_ No, no me río. ¿Me dejas leerlos? \_preguntó Muntassir con tanta curiosidad como interés.

Fadel le entregó a regañadientes el libro. Su rostro se tornó colorado y el sudor le recorría la frente hasta metérsele en los ojos. El muchacho se sentía ridículo e incómodo. Muntassir leyó varias hojas sin articular palabra. Al cabo de un rato, hizo un gesto de aprobación y se las devolvió. Fadel respiró aliviado, pensando equivocadamente que su hermano no haría ningún comentario.

\_ Sabes que yo no entiendo de poesía. Me aburre. Va muy bien para el insomnio \_rió.

\_ ¿Ves? Te estás burlando \_protestó Fadel.

\_ No, no, no. Déjame continuar. Estos poemas son hermosos. Podría pasarme la noche leyéndolos y no dormirme. Tienes un don, hermanito.

\_ Entonces... ¿Puedo quedarme escribiendo aquí?

\_ Sí. No estaremos lejos.

Fadel agradeció el gesto a su hermano. Muntassir salió del refugio en busca de Mustafá y su vecino.

“Estos dos son más peligrosos” \_caviló\_. “Los arcos y las flechas pueden hacer más daño que el papel y la pluma.”

Angustiado por las desavenencias entre su hermano pequeño y Rashad, aceleró el paso. Había perdido demasiado tiempo de vista a los dos muchachos, sin embargo, cuando les alcanzó respiró aliviado. Los dos reían a carcajadas al comprobar que ninguno de ellos era capaz de dar en

el blanco.

\_ ¡Eh, Muntassir! ¿Cómo se usa este trasto? \_preguntó Rashad desternillándose.

\_ Con paciencia y mucha práctica.

\*\*\*

Al cabo de unas horas, el pequeño grupo regresó hambriento a la cabaña. Muntassir asó las cuatro perdices que acababa de cazar y las devoraron con avidez. Después se tumbaron sobre los almohadones para descansar un rato, antes de emprender el camino de regreso a casa.

De repente percibieron un fuerte olor a quemado. Rashad, que estaba cerca de la puerta, salió a comprobar que el fuego que habían encendido para cocinar no se hubiese reavivado. La lumbre estaba apagada, pero cuando miró a lo lejos advirtió una gran humareda. El joven entró atemorizado a la cabaña.

\_ ¡Muntassir! \_gritó, al borde de la histeria\_. ¡Hay mucho humo a lo lejos! Creo que es tu casa...

Muntassir salió rápidamente del refugio, seguido por sus hermanos mellizos. Rashad estaba en lo cierto. Si el humo no provenía de su vivienda, estaba demasiado cerca.

\_ ¡Rápido! ¡Montad en los caballos! \_les apremió Muntassir, amedrentado, mientras subía a la grupa de su corcel a Fadel para aligerar la carga al viejo caballo de sus hermanos.

Los cuatro jóvenes emprendieron con rapidez el camino de regreso.

A medida que se acercaban al hogar de la familia Alí, Muntassir presentía la tragedia. Ya a cierta distancia de la casa, podían ver con claridad las inmensas llamas que abrasaban sin piedad los enormes setos del jardín que se levantaban a modo de muralla rodeando la morada.

Muntassir detuvo su caballo y ordenó a Fadel que desmontase y permaneciera a distancia junto a Mustafá y Rashad.

\_ ¿Rashad? \_farfulló Mustafá con una mueca de desprecio\_. Ese cobarde nos abandonó sin despedirse a mitad de camino. En este momento estará cenando tranquilamente en su casa.

\_ Queremos ir contigo, Muntassir. Tengo miedo \_lloriqueó Fadel.

Muntassir asintió abatido.

\*\*\*

El panorama era desolador. Los arbustos y el ramaje del jardín habían ardido por completo. El calor del verano, ayudado por el viento seco que soplaba incesante, había reducido a cenizas el vergel que con tanto esmero habían cuidado sus padres. No obstante, la casa no parecía haber sufrido ningún desperfecto, pero el silencio sepulcral que reinaba en la vivienda no era un buen presagio y Muntassir era consciente de ello.

Los tres hermanos se introdujeron temerosos en el interior de la casa, aparentemente vacía.

“Quizás hayan podido huir” \_reflexionó Muntassir, esperanzado, mientras se dirigía a su habitación.

La puerta de su dormitorio estaba atrancada.

\_ ¡Raissa! ¡Raissa! \_gritó con desesperación al tiempo que derribaba la puerta.

Rápidamente, se acercó a su esposa, que se hallaba sentada en un rincón de la estancia con el bebé en sus brazos. La mujer le miraba con los ojos muy abiertos y él se sintió aliviado durante breves instantes. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de la amarga realidad. Raissa probablemente había huido a su habitación para proteger a su hijo y a sí misma del incendio, donde ambos debieron morir por asfixia. Pero incomprensiblemente ella había echado el cerrojo. No tenía sentido.

Muntassir cerró los ojos de su esposa y la depositó junto a su hijo sobre el colchón. Con lágrimas en los ojos se despidió de ellos con un beso. En aquel momento, Mustafá irrumpió en el dormitorio.

\_ ¡Están todos muertos! \_aulló, preso de la histeria\_. Sus palabras apenas eran inteligibles. El muchacho lloraba enfurecido mientras no cesaba de propinar golpes a Muntassir, que no acertaba a entender su comportamiento. El joven mellizo recibió un fuerte bofetón que le hizo caer al suelo.

\_ ¡Cálmate, Mustafá!

El muchacho se levantó con rapidez y le cogió de la mano, mientras tiraba de él con urgencia, conduciéndolo hasta los calcinados setos del jardín. Muntassir se estremeció ante el espeluznante panorama. Allí era donde se hallaban los habitantes de la casa. Irreconocibles y carbonizados, algunos de los cadáveres aún conservaban en su mano el

pozal con el que habían intentado apagar el fuego.

Los dos hermanos trataban de identificar sin éxito a sus padres cuando oyeron la llamada desesperada de Fadel, que se encontraba junto a una noria situada próxima a la vivienda, y que había sobrevivido a las llamas. Ambos acudieron con presteza a su encuentro.

Su madre yacía junto al pozo con graves quemaduras por todo el cuerpo, pero estaba viva. Increíblemente, su rostro no reflejaba sufrimiento, sino desasosiego.

Muntassir se arrodilló ante ella sin atreverse a tocarla por miedo a causarle dolor.

\_ Dame la mano y acércate más, Muntassir \_susurró la mujer.

Mustafá y Fadel se acurrucaron al lado de su madre. Ella miró a sus hijos pequeños, forzando una sonrisa. Después volvió la cabeza hacia su primogénito.

\_ No temas tocarme, hijo. Las heridas han dejado de dolerme. Voy a morir...

\_ No, madre... Te llevaré al dormitorio y buscaré a un médico.

\_ ¡No! No te vayas y escucha... No tengo mucho tiempo, hijo mío. Debéis iros a la fortaleza de mi hermano Faruk en Granada. Él os dará cobijo y cuidará de vosotros...

\_ ¡¿Qué dices, madre?! Iré inmediatamente al pueblo y buscaré ayuda. Te curarás y poco a poco saldremos adelante. Confía en mí.

\_ No te vayas, escúchame \_repitió la mujer con gran esfuerzo\_. Sé que me estoy muriendo... No me interrumpas...

Muntassir asintió apenado. Los mellizos la abrazaban como si con ese gesto pudieran infligirle la vida.

\_ Muntassir, el incendio ha sido provocado por un grupo de caballeros cristianos, capitaneados por don Juan de la Cabeza. Se presentaron en nuestra casa poco después de que os marchaseis al bosque. Tu padre y yo pensábamos que vendrían a comprar caballos como tantas otras veces, y les recibimos con cortesía. Don Juan y sus soldados entraron en la casa y cogieron todo lo que teníamos de valor. Después se dirigieron a los establos y se llevaron todos los caballos. Antes de partir prendieron fuego al jardín. Los sirvientes, tu padre y yo intentamos sofocar las llamas, pero prendieron rápidamente y no pudimos hacer nada... Estoy muy cansada...

\_gimió débilmente.

\_ No hables, madre. Descansa. Estás muy fatigada.

Muntassir hablaba en tono apacible y tranquilizador, tratando de disimular la ira que sentía en esos momentos hacia los caballeros cristianos. Como si hubiera leído los pensamientos de su hijo, la mujer prosiguió su discurso.

\_ No quiero venganza, hijos míos, pero debéis marcharos. Aquí no viviréis seguros nunca... El odio que sienten nuestros vecinos cristianos hacia nosotros cada vez es mayor. Vuestro tío Faruk os recibirá feliz en su casa. Él posee una gran fortaleza amurallada en la comarca de Al Burallah. Allí estaréis a salvo... Cuida de Fadel y Mustafá. Tu esposa y tu hijo están vivos, Muntassir. Ella logró esconderse en vuestra habitación...

Mustafá y Fadel miraron con preocupación y tristeza a su hermano, quien con una mirada les dio a entender que debían callar. Su madre no conocía el trágico final de Raissa y su hijo.

“Mejor así” \_ razonó Muntassir en silencio, pues a ella sólo le quedaba un soplo de vida.

\_Así lo haremos, madre. Partiremos todos hacia Al Burallah cuando te encuentres con fuerzas para emprender el camino.

Mustafá sostenía la cabeza de su madre y Fadel acariciaba su rostro con esperanza, confiando en las palabras de su hermano mayor. ¿Cómo iba a mentir Muntassir?

Mustafá era consciente de la realidad, y su decisión era firme. Con el apoyo de sus hermanos o sin él vengaría la muerte de su familia.

\*\*\*

Rashad llegó al pueblo sin aliento. El muchacho había cabalgado velozmente sin respiro, pues era consciente de que el incendio de la familia Alí sólo podría ser sofocado con la colaboración de todos los habitantes del poblado. Recorrió casa por casa pidiendo ayuda. Sin embargo, nadie le abrió la puerta. Era demasiado extraño. No era posible que las casas estuvieran completamente vacías.

“Quizás estén ayudando a apagar el fuego” \_ pensó, esperanzado\_. “Pero no es posible que no haya niños en sus moradas, alguna mujer, los sirvientes... ¿Qué está pasando? ¿Y mi familia? ¿Habrán acudido en su ayuda?”

Rashad no se había detenido en su casa. Había asumido que su padre habría partido junto a sus criados a auxiliar a su buen amigo, Alí Saleh.

Abandonó el pueblo, decepcionado. La mayoría de sus habitantes eran familias cristianas que siempre habían convivido en paz con las familias árabes que habitaban en la pequeña villa. Ni siquiera los poderosos nobles cristianos, cuyas tierras estaban próximas a las de sus convecinos árabes, habían mostrado hostilidad hacia ellos o hacia la familia de Muntassir. Todos compraban sus caballos a Alí Saleh, y el ganado, a su propio padre. Éstos, a su vez, frecuentaban el pueblo para abastecerse de bienes y víveres. Sus relaciones eran cordiales. No entendía qué estaba sucediendo.

Se dirigió a su casa, convencido de que sólo hallaría en ella a su madre, sus dos hermanos pequeños y alguna sirvienta, pero se equivocaba. Sus padres le esperaban en la puerta, nerviosos y apenados. Ella se aproximó a su hijo con alivio y le abrazó.

\_Gracias, Alá, por devolverme a mi hijo sano y salvo \_susurró ella, casi inaudiblemente.

Rashad miró con desconcierto a su progenitor.

\_Has regresado pronto, padre. No ha sucedido nada grave, ¿verdad? \_preguntó el muchacho con ansiedad.

\_Hijo mío... Tal vez no lo comprendas ahora... No hemos podido acudir en su ayuda...

\_ ¿Cómo? \_replicó, enfadado\_. ¿Estás enfermo, quizás? ¿Están muertos nuestros caballos? Esa es la única excusa que podría entender.

\_Sabes que no, hijo. Puedes pensar que soy un cobarde, pero los soldados cristianos nos advirtieron que correríamos la misma suerte si se nos ocurría ir a auxiliarles.

\_Pero... Tú no eres un cobarde. ¡Debemos ayudarles!

\_Sí, Rashad. Debemos ayudarles... \_musitó Nasser ben Ahmed con tristeza\_, pero la única ayuda que podemos ofrecerles ya es ayudar a enterrar a sus muertos.

\_No te reconozco, padre.

Montando a lomos de su yegua, Rashad desapareció al galope por el arenoso camino. Nasser entró en la casa y llamó a sus criados. Aunque su propósito había sido marchar al amanecer hacia la casa de su amigo, él y sus sirvientes adelantarían el viaje, siguiendo el valeroso ejemplo de su

hijo.

\*\*\*

Rashad y su padre se encaminaron hacia el lugar donde se hallaban Muntassir y sus hermanos. La madre de los muchachos acababa de fallecer. Ellos permanecían inmóviles a su lado.

Mustafá se levantó iracundo, impidiéndoles avanzar.

\_Llegáis un poco tarde\_ exclamó furioso\_. Don Juan de la Cabeza ha hecho su trabajo.

\_Lo siento de corazón \_replicó Nasser ben Ahmed, abatido.

Muntassir se incorporó y aceptó sus condolencias. Mustafá increpó con rabia a su hermano.

\_ ¡¿No lo entiendes, Muntassir?! Ellos lo sabían... Sabían lo que iba a pasar y miraron hacia otro lado... O, tal vez lo planearon todo junto a sus amigos cristianos. El "venerable" Nasser ben Ahmed se aseguró de que Rashad nos acompañase a cazar para conseguir sus propósitos sin levantar sospechas...

Nasser abrió la boca para protestar, pero calló de inmediato. Se sentía avergonzado por no haber ayudado a sus amigos, pero había temido por su familia. Él era un hombre sencillo, no un héroe.

\_ ¿Estás ciego, Muntassir? \_prosiguió Mustafá\_. Si tú eres el hermano al que yo admiraba, reniego de ti y de todos vosotros.

De un brinco, Mustafá montó el blanco corcel de Muntassir y se alejó a toda velocidad, adentrándose en la espesura del oscuro bosque.

\_ ¿Vas a dejarle marchar? \_preguntó Fadel, inquieto.

\_Probablemente se refugiará en la cabaña. Mañana nos reuniremos con él.

Muntassir no pensaba que Nasser ben Ahmed hubiese urdido un plan junto a Don Juan y sus soldados cristianos. La amistad entre su padre y Nasser había sido sincera. Sin embargo, se sentía reacio a perdonar la actitud del amigo de su padre, al que reprochaba en silencio su cobardía.

"Quizás no tuviese otra opción" \_ reflexionó con amargura \_ "¿Qué habría hecho yo si hubiese visto amenazada la vida de mis padres, de mi mujer y de mi hijo? Quizás hubiese actuado de la misma manera. No puedo

saberlo... ”

Los hombres enterraron los cadáveres en silencio. Entretanto, Rashad permaneció junto a Fadel en su habitación. Poco a poco, el aire volvía a ser respirable en el interior de la casa.

Muntassir dio sepultura a su madre junto a Raissa y su hijo. Se lamentó de no haber sido capaz de reconocer a su padre entre las víctimas de la tropelía cristiana.

“La vivienda no ha sufrido muchos daños, Muntassir ”dijo Nasser ben Ahmed“. El jardín volverá a crecer... y con el tiempo cicatrizarán las heridas. Contad con mi ayuda para lo que necesitéis. Os daré la mitad de mi ganado, y tú y tus hermanos podréis salir adelante.

“Te lo agradezco, pero no será necesario. He tomado una decisión. Mañana, mi hermano y yo nos reuniremos con Mustafá y partiremos hacia la fortaleza de mi tío Faruk. Fadel es débil y si nos quedamos aquí nunca se sobrepondrá a la tragedia. Es mejor que pongamos tierra por medio... Además, nunca perdonaré a quien destrozó nuestras vidas... Don Juan de la Cabeza pagará por lo que ha hecho. No dudes que no descansaré hasta convertirme en un gran guerrero, y volveré con un poderoso ejército para pagar a Don Juan con la misma moneda. Haré que en su lápida rece “Don Juan sin su Cabeza” ”rio Muntassir con triste sarcasmo“. Puedes transmitirle mi mensaje al “innoble” Don Juan ”agregó Muntassir, incapaz de reprimir el odio y la rabia que se había apoderado de su ser. ¡Adiós, Nasser! Vuelve a tu casa.

“Te lo ruego Muntassir. Acepta mi hospitalidad esta noche. No lo hagas ni por ti ni por mí. Tu hermano necesita descansar.

Muntassir asintió con pesar.

## CAPÍTULO II

Muntassir y Fadel llegaron al refugio del bosque antes del mediodía. La vida de los hermanos Alí había dado un giro radical. ¡Qué distinto era ahora el ánimo con el que habían emprendido el camino hacia la cabaña que Muntassir había construido con tanto afán!

Habían pasado la noche en casa de Nasser ben Ahmed, aunque ninguno de ellos había podido conciliar el sueño. El hombre les había ofrecido pasar la noche en la habitación de invitados, pero Muntassir rechazó su ofrecimiento, pues quería partir temprano para reunirse con Mustafá, a quien suponía en el refugio.

Los hermanos dormitaban en el comedor, cuando Nasser y su hijo Rashad

se reunieron con ellos para desayunar.

Aquella madrugada, el rostro de Muntassir nada tenía que ver con el semblante apacible con el que el joven solía despertar. El muchacho, a pesar de haberse casado un año atrás y haber sido padre recientemente, había conservado la jovialidad y el entusiasmo propio de su edad. El matrimonio no le había cambiado y había continuado siendo un hombre bromista y risueño. Aquella mañana todo había cambiado; apenas había articulado palabra, y sus hermosos y alegres ojos verdes se habían tornado serios, sombríos e impenetrables porque, además del dolor por la pérdida de sus seres queridos, escondían el rechazo y la repugnancia que había comenzado a sentir hacia los "nobles" cristianos.

Al despedirse, Nasser le había entregado un pequeño saco con monedas de oro.

— "No estáis en deuda con nosotros" — le había asegurado Muntassir —. "No tengáis en cuenta las acusaciones y las necesidades de Mustafá. Ni Fadel ni yo pensamos que tuvierais nada que ver con el asalto a nuestra casa. Ya nos las arreglaremos..."

— "Insisto" — había suplicado Nasser—. "Necesitaréis el dinero para el camino. Llevaos también dos de mis caballos. No pretenderéis llegar hasta la fortaleza de vuestro tío Faruk andando."

Muntassir había aceptado finalmente su ofrecimiento. Era consciente de que el viaje iba a ser duro y su hermano era un muchacho extremadamente sensible y débil. No había necesidad de acrecentar su agonía.

\*\*\*

Muntassir abrió la puerta de su refugio y vio con desagradable sorpresa que no había rastro de Mustafá.

¿Dónde se habría metido el insensato?

Obviamente, no había dormido en la cabaña.

Fadel se tumbó sobre un colchón y rompió a llorar desconsoladamente. Al contemplarle, Muntassir se dio cuenta de que él no había vertido ni una sola lágrima por la muerte de su familia. Se preguntó si la tragedia le había convertido en un ser insensible. Ni siquiera parecía preocuparle la desaparición de Mustafá.

"Quizás, cuando logre descansar, veré las cosas de otra manera" — pensó, abatido y sorprendido al mismo tiempo —. "¡Pero, de momento, no me importa! ¿Dónde y por qué te has largado con mi caballo, Mustafá?" —

se preguntó lleno de ira\_. "Me da igual que lloriquees, Fadel. Ni siquiera me importa la muerte de mi familia..."

Muntassir se tumbó en un colchón que se hallaba junto al de su hermano y le dio la espalda. Al cabo de un rato, por primera vez desde la tragedia, lloró en silencio de pena, pero también de impotencia y de rabia.

\*\*\*

Mustafá merodeaba por las inmediaciones de la vivienda de Nasser ben Ahmed.

Escondido entre la maleza, había observado cómo sus hermanos se despedían amablemente de él y de su hijo Rashad, y sintió asco. Estaba convencido de que Nasser y Rashad estaban involucrados en el asalto a su casa.

\_ ¡Qué casualidad! \_farfulló Mustafá\_. ¿No sabías nada, Rashad? Seguro que tu amigo Pedrito te habló de los planes de su padre y callaste. Quizás nos acompañaste al bosque para no levantar sospechas. Los soldados cristianos debieron pasar por delante de tu casa, pero está intacta y vosotros estáis vivos. ¡Maldita sea!

La furia que le invadía le había impedido prestar atención al caballo de Muntassir, que relinchaba inquieto, intentando liberarse en vano de la cuerda con la que le había atado a un árbol horas atrás.

Mustafá sintió una daga en su cuello mientras un gigantón, al que no podía ver la cara, le mantenía inmovilizado por la espalda. De entre los árboles surgió un grupo de diez hombres harapientos y sucios, provistos de diferentes tipos de armas. Uno de ellos, ataviado con una mugrienta capa con una capucha que le cubría prácticamente el rostro, se acercó al corcel, y con su espada cortó el cordón que sujetaba al caballo, que trató inútilmente de escapar. Después se aproximó de frente a Mustafá.

\_Interesante recital el que nos has ofrecido, muchacho. ¿Qué haces aquí?  
\_preguntó el sucio personaje.

\_ ¿Qué te importa? ¿Quiénes sois?

\_ ¡Uhhhh! Tienes agallas, pequeño rufián..., pero tú no haces las preguntas ¿Dónde has robado este caballo?

Mustafá podía sentir cómo el gigantón ejercía en su cuello cada vez más presión con el cuchillo.

\_No he robado ningún caballo \_protestó Mustafá\_. Es de mi hermano.

\_ ¡Ah! ¡De tu hermano! Pues yo no veo a tu hermano... Te diré lo que vamos a hacer... ¡Oh! Estamos siendo descorteses \_se mofó el roñoso hombretón\_. ¡Vamos a presentarnos! Somos una banda de traficantes de esclavos: unos importantes comerciantes que adquirimos mercancía y luego la vendemos al mejor postor... Supongo que habrás adivinado que tú eres mercancía... siempre que te comportes dócilmente \_puntualizó el encapuchado, mientras sus compañeros se reían a carcajadas\_. ¡Bonito caballo! Él se queda con nosotros.

\_No os tengo miedo \_replicó Mustafá con una expresión de desafío en su rostro\_. Os propondré algo mejor.

\_ ¡Oh! ¡Qué valiente! Tu osadía nos conmueve y merece que escuchemos tu proposición... Un poco de humor siempre es agradable.

Los malhechores se desternillaban de risa. El hombretón aflojó la daga y se apartó ligeramente de él.

El mugriento jefe de los bandidos hizo un gesto, indicando que podía hablar.

\_Quiero formar parte de vuestra banda.

El encapuchado enarcó una ceja mientras le observaba pensativo. Sin duda, el muchacho era una buena pieza. Quizá deberían darle una oportunidad.

\_No estoy seguro de que cumplas los requisitos...

\_ ¡Ya lo creo! \_respondió Mustafá sin amedrentarse\_. He venido a quemar esa casa \_dijo, señalando con el dedo hacia la vivienda de Nasser ben Ahmed\_, y vosotros vais a ayudarme. Quiero que arda con todos los que viven en ella: hombres, mujeres y niños. Os demostraré que puedo ser más cruel e implacable que cualquiera de vosotros.

Los maleantes consideraron atónitos su propuesta. Ciertamente tenían ante ellos a un ser despiadado, digno de ser aceptado en el grupo. El encapuchado asintió con expresión seria.

\_No queremos tretas. Supongo que no quieres morir. Te ayudaremos a quemar esa casa, pero tú tendrás el privilegio de encender la llama; nosotros no nos dedicamos a esos menesteres.

\_Será un placer \_replicó Mustafá, satisfecho.

\*\*\*

Muntassir y Fadel cabalgaban en silencio por el camino pedregoso que había de llevarles hasta la fortaleza de su tío Faruk. El sol comenzaba a ocultarse y pronto tendrían que detenerse para descansar y pasar la noche.

Muntassir recordó que había una posada a escasa distancia de donde se hallaban y decidió que cenarían y dormirían allí.

Nasser ben Ahmed había sido generoso con ellos y contaban con suficiente dinero para afrontar el largo camino que tenían por delante, sin sufrir penurias. Los dos hermanos podían permitirse alojarse en las fondas que se hallaban a lo largo del trayecto. Si no surgían imprevistos, el viaje sería relativamente tranquilo.

Habían permanecido dos días, sin éxito, en el refugio del bosque esperando el regreso de Mustafá, e incluso habían considerado regresar al pueblo a buscarle. Sin embargo, habían descartado la idea, pues la despedida de Nasser y su hijo Rashad había sido muy dolorosa. Además, el extraño comportamiento de Mustafá, había hecho pensar a su hermano mayor que el joven mellizo habría querido emprender el viaje hacia la residencia de su tío Faruk en solitario, y así ofrecer al visir su propia visión de los hechos.

Muntassir era consciente de que su hermano se había sentido decepcionado por la comprensión que había mostrado hacia el amigo de su padre, pues Mustafá era un muchacho excesivamente impetuoso, incapaz de reflexionar y considerar las consecuencias que pudiesen tener sus palabras o sus actos. Para él no existía el beneficio de la duda, y había sentenciado de antemano a Nasser ben Ahmed y a su hijo. Su única verdad era la que se engendraba en su cabeza, y nadie ni nada podía hacerle cambiar de parecer. No obstante, a Muntassir le preocupaba su joven hermano, pues a pesar de disponer de su magnífico corcel, tendría que ingeniárselas para subsistir hasta alcanzar la fortaleza de su tío, cuyo emplazamiento desconocía.

\*\*\*

Ya había anochecido cuando los hermanos llegaron a la posada.

La fonda estaba regentada por un matrimonio cristiano de mediana edad cuyos hijos eran conocidos de Muntassir, pues se dedicaban al comercio de frutos secos y a menudo habían entablado conversación con él en los mercados y ferias a los que había acudido con su padre.

Los jóvenes eran unos apasionados de los caballos árabes y Muntassir y su padre habían criado los mejores corceles de toda la región. No

obstante, era posible que los hijos de los posaderos no se encontrasen en el establecimiento, ya que sus productos eran exportados a países extranjeros, a los que viajaban con frecuencia y en los que pasaban largos periodos de tiempo.

Muntassir temía no ser bien recibido ya tan entrada la noche, pues los salteadores de caminos deambulaban por las carreteras al acecho de viajeros solitarios. Probablemente, la posada estaría cerrada a cal y canto. Suplicaría, si fuese necesario por su hermano Fadel, quien hasta entonces había gozado de una vida fácil y dichosa: el muchacho que quería ser poeta, jamás había vislumbrado la crueldad que podía albergar el ser humano.

Muntassir contempló a Fadel, que cabalgaba somnoliento, extenuado, y pensativo. El joven parecía haber madurado desde aquella misma mañana en la que habían emprendido la marcha. En ningún momento le pidió hacer un alto en el camino. Tal vez habría continuado a lomos de su caballo sin quejarse, ignorando el hambre y el cansancio, mirando el camino sin ver: insensible ante su incierto futuro.

\_Ya hemos llegado, Fadel. He estado en esta posada alguna vez con padre cuando íbamos a vender caballos a la feria de La Olivareda. Aquí podremos cenar bien y descansar toda la noche... espero. Es tarde, pero derribaré la puerta si es preciso.

Fadel permanecía callado. Sabía que Muntassir no bromeaba. Días atrás habría protestado ante la perspectiva de entrar por la fuerza en una vivienda ajena; es más, ni siquiera le habría creído, pero estaba exhausto y no puso ninguna objeción a la propuesta de su hermano. Sin embargo, sí que le inquietaba la posibilidad de no volver a ver a Mustafá. Aunque la relación con su mellizo había sido complicada, incluso tormentosa, él le quería.

\_Quizás Mustafá se haya alojado en esta fonda \_comentó Fadel esperanzado.

\_Pronto lo sabremos. Yo también estoy preocupado por él, aunque tu hermano es muy avisado y astuto: mucho más que tú y que yo juntos \_sonrió Muntassir cariñosamente\_. Estoy seguro de que se las arreglará bien y, cuando lleguemos a la fortaleza del tío Faruk, lo encontraremos cómodamente instalado.

\_ ¿Lo piensas de verdad?

\_ ¡Claro que sí! Vamos... Dejemos los caballos en el abrevadero y entremos en la fonda. Pediremos a los dueños que los metan después en

las cuadras.

Después de atar a los animales y coger las alforjas donde guardaban el dinero y sus escasas, pero indispensables pertenencias, Muntassir llamó a la puerta.

La venta parecía cerrada. Golpeó el portón con ansiedad e insistencia.

\_Aquí no hay nadie, Muntassir.

\_ Si lo hay. Vi luz poco antes de llegar. No hay ninguna casa alrededor. Estoy seguro de que provenía de aquí.

Ambos aporrearon la madera del pórtico con furiosa insistencia. Instantes después oyeron unos débiles pasos que se aproximaban con cautela.

\_ ¡Abrid, por favor! Necesitamos alojamiento. Os pagaremos bien \_suplicó Muntassir.

\_ ¡Marchaos! ¡La fonda está cerrada! \_vociferó un hombre desde el interior.

\_Abrid, os lo ruego. Mi hermano pequeño y yo hemos viajado el día entero. ¡Por caridad! Necesitamos comer y descansar... Conozco a vuestros hijos, Alonso y Gabriel. Somos amigos...

La puerta se abrió lentamente. El ventero dio unos pasos hacia atrás y les apuntó con una ballesta. Instintivamente, los hermanos levantaron las manos. La esposa del posadero, una mujer de aspecto bondadoso, bajita y rechoncha, contemplaba con extrañeza a los dos viajeros mientras se aferraba con temor a la cintura de su marido.

Muntassir y su hermano vestían con una amplia túnica y pantalones bombachos. Habían decidido prescindir del turbante, pues el calor del verano era sofocante incluso de noche. Los dueños de la fonda observaron la curiosa estampa que formaban los dos viajeros: un imponente y fornido joven de largo cabello ondulado y rostro perfecto al que acompañaba un niño asustadizo que aún no había alcanzado la adolescencia.

El posadero reconoció a Muntassir y comprendió que la singular pareja no entrañaba ningún peligro. Bajó el arma y les permitió pasar. El establecimiento se encontraba en completo desorden. Había varias mesas y sillas volcadas, y el suelo estaba cubierto de platos rotos, vasijas de cerámica y demás objetos. El hombre les condujo hasta la única mesa que se encontraba en pie, al fondo del mesón.

\_Mi esposa y yo estábamos poniendo un poco de orden \_informó el

extenuado propietario de la fonda.

\_ ¿Qué ha ocurrido? \_inquirió Muntassir cariacontecido mientras él y su hermano tomaban asiento.

\_Se presentaron unos bandidos que parecían tener algo que celebrar. Mi esposa y yo estábamos solos y teníamos miedo, por lo que les servimos todo lo que nos pidieron... Cenaron copiosamente y se llevaron algunas viandas, el dinero y todo lo que consideraron útil. Afortunadamente, sólo cogieron lo que tenían a la vista... Tampoco nos hicieron daño; podremos serviros algo de cenar y ofreceremos una habitación para pasar la noche.

\_Gracias. Os lo agradezco... A pesar del destrozo, ha sido una suerte que esos canallas no se hayan cebado con vosotros y sigáis vivos. Cuando mi hermano se acueste, os ayudaré a arreglar este estropicio. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecer vuestra amabilidad, dadas las circunstancias.

\_ No quiero quedarme solo \_replicó Fadel asustado\_. ¿Y si vuelven esas bestias y queman la posada como hicieron con nuestra casa?

Los posaderos miraron con consternación a los dos hermanos.

\_ ¿Fue vuestra casa la que quemaron los bandidos?

\_Nuestra casa no la quemaron unos bandidos \_respondió Muntassir\_, sino unos soldados cristianos al mando del noble... ¡Noble! ¡Qué ironía!, don Juan de la Cabeza. Mis dos hermanos y yo sobrevivimos porque habíamos salido a pasar el día cazando en el bosque. Cuando regresamos, todos habían muerto: mi padre, mi mujer, mi hijo, los sirvientes... Mi madre era la única persona que quedaba con vida, pero agonizaba... y también murió. Sin embargo, tuvo tiempo de decirnos quiénes fueron sus asesinos.

\_ ¿Tenéis otro hermano? \_preguntó la mujer, estremecida.

\_Sí. Llevamos dos días buscándolo sin fortuna.

\_Es mi hermano mellizo \_declaró Fadel.

\_ ¡Dios mío! \_exclamó el mesonero, angustiado.

\_Hemos abandonado su búsqueda. Es listo y muy vivo, aunque también bastante inconsciente. Se llevó mi caballo: ¡el mejor corcel que jamás hayáis visto! Nos dirigimos a la fortaleza del visir Faruk, nuestro tío. Esperamos reunirnos allí con él.

\_ ¡Oh! \_sollozó la mujer.

Su marido la abrazó para tranquilizarla.

\_Lo siento. \_se disculpó Muntassir\_. He sido desconsiderado. Vosotros mismos acabáis de vivir una tragedia... y yo vengo aquí contando...

\_No, no \_interrumpió el posadero\_. No se trata de eso. No es fácil ni agradable lo que voy a deciros, y espero que me creáis... Precisamente, lo que estaban celebrando esos desalmados era que habían prendido fuego a una vivienda. Pero no debía tratarse de vuestra casa. Estos malhechores no eran soldados cristianos. Eran unos mugrientos y roñosos rufianes..., quizás asaltantes de caminos o traficantes de esclavos.

\_ ¿Estáis seguros?

\_Sí. Por desgracia fuimos testigos de todas sus conversaciones. Tuvimos que servirles comida hasta hartase. Les acompañaba un muchacho árabe de la edad de tu hermano \_añadió el mesonero señalando a Fadel.

\_ ¡¿Se han llevado a Mustafá?! \_preguntó Fadel, indignado.

\_No, hijo... Lo peor de todo es que el muchacho actuaba como si fuera el jefe de la banda. Los granujas se reían con sus comentarios... Recuerdo que celebraban una venganza. Habían quemado la casa del amigo de su padre durante la noche, con todos sus moradores dentro. ¡Sí! \_continuó el tabernero\_. El joven parecía ser el cabecilla. Su caballo era el más lustroso: un magnífico corcel árabe, blanco como la nieve, a excepción de dos lunares negros en la frente.

\_Es mi caballo \_afirmó Muntassir lleno de ira.

\_ ¿Y dónde habrá ido Mustafá? ¡Tenemos que encontrarlo!

\_No, Fadel. Mustafá está muerto para mí. Por mi puede irse al infierno...

### CAPÍTULO III

*Montesilvés, frontera de Granada con Almería*

*Junio, 1432*

Los vecinos del pueblo estaban conmocionados, pues siempre habían tenido una existencia tranquila y pacífica. Cuando uno tenía un problema, sus convecinos se mostraban solidarios con quien lo sufría. Si una casa se inundaba, entre todos achicaban el agua; si una familia se arruinaba, en la medida de sus posibilidades, les ofrecían dinero y ayuda para salir adelante. ¿Cómo era posible que en tan sólo dos días hubiesen ardido dos

casas sin que nadie hubiese hecho nada por impedirlo? Ni siquiera parecían haberse dado por enterados, y la vida en el pueblo transcurría como si nada hubiera pasado.

No dejaba de ser curioso que las dos viviendas estuvieran ubicadas en el término del pueblo y ligeramente aisladas de él, donde recientemente se habían instalado un número considerable de nobles cristianos, ansiosos de imponer sus propias leyes.

La familia Alí y la familia Ahmed habían sido los últimos moradores musulmanes que se habían resistido a abandonar el poblado a pesar de la insistencia y las continuas "sugerencias" y amenazas de los poderosos y adinerados nobles. Pero ellos siempre habían argumentado que también eran andaluces y tenían los mismos derechos que la nobleza a habitar aquellas tierras, pues allí nacieron sus padres y sus abuelos, y los abuelos de sus abuelos.

Pese a la creciente presencia en la zona de condes y marqueses con ansias de poder, las dos familias se habían sentido seguras y confiadas. Sus convecinos siempre les habían brindado su simpatía y amistad durante generaciones, hasta que el pánico a sufrir su misma suerte había hecho que algunos de ellos les dieran la espalda.

\*\*\*

Los tres hijos de Nasser ben Ahmed habían sobrevivido al incendio provocado por Mustafá ben Alí y los traficantes de esclavos. Aquella noche, el padre de Rashad había tenido un mal presentimiento y había pedido a su amigo, el herrero, que permitiera a sus hijos alojarse con ellos.

Don Cristóbal y Doña Luisa les acogieron con agrado: el matrimonio no había podido tener descendencia y siempre estaban dispuestos a gozar de la compañía de Rashad y sus dos hermanos de siete y cinco años, Walid y Yusuf.

Al morir sus padres sintieron la obligación de protegerles y hacerse cargo de los tres huérfanos.

Pronto se corrió la voz de que el segundo incendio pudo haber sido provocado por una banda de delincuentes; al menos eso era lo que había ido pregonando incesantemente Don Salustio, que acostumbraba a esconderse sentado bajo un árbol situado cerca de la vivienda de Nasser ben Ahmed para despejarse de sus borracheras antes de volver a casa, donde su mujer solía esperarle despierta con cualquier objeto contundente, dispuesta a disparar su cogorza de forma fulminante.

Don Salustio aseguraba haber visto a Mustafá prender fuego a la casa con la ayuda de unos mugrientos desconocidos. Nadie le creyó aquella noche, ni los días que siguieron. Sin embargo, el infeliz no volvió a emborracharse jamás, pero siguió repitiendo hasta la saciedad que vio a Mustafá quemar la vivienda de Nasser ben Ahmed. Poco a poco, la gente comenzó a creerle.

Rashad y sus hermanos se instalaron en casa del herrero.

Doña Luisa se sentía feliz de haberlos acogido bajo su techo.

Rashad había comenzado a ayudar a don Cristóbal en la herrería mientras la mujer cuidaba de sus hermanos pequeños como si fuesen los hijos que nunca pudo tener.

El hermano mayor aliviaba la tristeza que guardaba dentro, trabajando sin descanso, mientras el herrero le enseñaba el oficio, entusiasmado por poder contar con su colaboración. Rashad había resultado ser un joven habilidoso que pronto le superó en rapidez y eficiencia, lo cual llenaba al hombre de orgullo.

\*\*\*

\_ Despacio, Rashad \_advirtió don Cristóbal a su pupilo\_. No voy a pagarte más por mucho que corras; ime arruinaría!

El muchacho esbozó una débil sonrisa, con la que intentaba mostrar gratitud hacia él y su mujer.

\_No tendré suficiente vida para agradeceros lo que estáis haciendo por nosotros.

\_No tienes que agradecernos nada, hijo... Habéis llenado nuestra casa de alegría. Ojalá mi esposa y yo podamos devolveros al menos una pequeña parte de la felicidad que habéis perdido...

\_Ya lo habéis hecho, don Cristóbal... ¿Puedo llamaros... tío? \_se atrevió a decir Rashad.

El herrero se sintió halagado. En el escaso tiempo que llevaban de convivencia, él y su esposa habían llegado a sentir por los muchachos un inmenso afecto.

\_Claro que sí, hijo... Y ahora, volvamos a casa. Es casi hora de cenar. ¿Tienes hambre?

\_ ¡Mucha!

Rashad le miró con alegría. Sentía que la vida les brindaba una nueva oportunidad, y ninguno de ellos estaba dispuesto a desaprovecharla.

## CAPÍTULO IV

*Al Burallah, Granada*

*Julio, 1432*

Muntassir y Fadel llegaron a tierras de su tío Faruk un mes después de emprender la marcha hacia la enorme fortaleza amurallada que se erguía majestuosamente ante sus ojos.

Fadel se había mostrado reacio a emprender una nueva vida bajo la tutela del visir, por lo que su hermano mayor había decidido que pasarían varios días trabajando como jornaleros de cualquier oficio en los diferentes pueblos que se hallaban en el trayecto, pensando, como así fue, que Fadel acabaría por admitir que tendrían una vida más fácil en la morada de su tío.

El palacio del visir se hallaba ubicado en la extensa cima de una alta montaña, situada a unas cien leguas de la ciudad de Granada.

Muntassir estaba impaciente y ansioso por atravesar el portón principal de la ciudadela de Al Burallah. Para bien o para mal, el joven árabe era consciente de que comenzaba una nueva etapa en su vida y la de su hermano, en la que dejarían atrás los amargos recuerdos del trágico final de su familia más querida. Sin embargo, el joven Fadel no compartía su entusiasmo.

La grandiosa y majestuosa edificación contrastaba con las humildes y modestas casuchas del pueblo, que se aunaban al pie de la montaña como si quisieran protegerse del gigante que vigilaba sus movimientos y poseía su vida. Todos los habitantes de la villa más próxima a la fortaleza, y de los pueblos pertenecientes a la comarca gobernada por Faruk, ya fueran musulmanes o cristianos, ganaderos, agricultores, comerciantes o artesanos estaban obligados a pagar elevadísimos impuestos al visir, al que temían y odiaban, pues el poderoso gobernante no dudaba en cobrar las deudas de sus ciudadanos llevándose consigo a jóvenes muchachos, a los que sus familias jamás volvían a ver si éstas se demoraban en el desorbitado pago demandado por el poderoso tirano. Así se lo había contado a los dos hermanos el posadero del pueblo, antes de conocer la identidad de sus jóvenes huéspedes.

Muntassir y Fadel habían pernoctado en una destartalada hospedería antes de ascender por el serpenteado y tortuoso camino de la colina que

les llevaría a su destino.

\_ ¡Mira, Fadel! ¡Es un hermoso palacio! Esta va a ser nuestra casa a partir de ahora, hermanito...

Fadel permanecía en silencio. En su cara se reflejaba una mueca de angustia.

\_ Ya veo... \_prosiguió Muntassir\_. La historia que nos ha contado el posadero sobre nuestro tío te inquieta.

\_No era una historia. Era la verdad. ¿Acaso no observaste cómo cambió su actitud hacia nosotros en cuanto le dijimos quiénes éramos y adónde nos dirigíamos? Su hospitalidad y simpatía se convirtió en miedo. Aquel hombre sintió verdadero pánico al revelarnos el comportamiento de nuestro tío y conocer después nuestra identidad. ¡Los soldados le arrebataron a su hijo! Por Alá, Muntassir. Te ruego que no traiciones a ese pobre hombre y olvides sus comentarios respecto al visir.

\_ ¡El visir!... ¿Ya no es nuestro tío Faruk?

\_Lo siento, Muntassir. No me gusta lo que he oído. Si por mí fuera, me establecería en otro pueblo y comenzaría allí una nueva vida por muy difícil que nos sea.

\_No podemos. Hemos gastado en el viaje todo lo que nos dio Nasser ben Ahmed. Ya no tenemos nada, hermano... Y no temas; no me he convertido en un hombre sin escrúpulos. No delataré al ventero... Es más, intentaré hacer razonar al visir, como tú le llamas... \_le aseguró Muntassir con la intención de tranquilizar a Fadel\_. Yo tampoco estoy de acuerdo con su forma de gobernar \_añadió con seriedad\_. Es indigno e inhumano separar de por vida a un hijo de sus padres sin siquiera permitirles saber el destino que ha corrido.

\_Es curioso que por sus venas corra la misma sangre que por las de nuestra madre. Ella era buena y cariñosa... y confiaba en su hermano; de otro modo, no nos habría pedido que viniéramos hasta aquí... Debíó pensar que con su él estaríamos a salvo... \_musitó, dubitativo.

\_ ¿Qué te hace pensar que no será así? \_preguntó Muntassir.

\_No lo sé; es un presentimiento... Por cierto; ¿tienes idea de cómo llegó nuestro tío a ser visir y dueño y señor de todas estas tierras?

\_ ¿Lo sabes tú?

\_Por supuesto que no... pero me intriga.

\_A mí también; no creas que no he pensado en ello. De todos modos, cada cosa a su tiempo, Fadel.

\_En fin... Ya no podremos ir y venir a nuestras anchas como hacíamos en Montesilvés \_comentó Fadel con nostalgia\_. Se ve todo tan... cerrado. Mira esa gran muralla con todas esas torres y sus centinelas armados hasta los dientes.

\_No temas... Esa va a ser nuestra casa ahora. Nosotros seremos sus dueños algún día y seremos libres para gobernarla a nuestro antojo y cambiar lo que creamos conveniente. Confía en mí.

\_Creo que estás siendo demasiado optimista.

\_Te equivocas... Que yo sepa, el tío Faruk no tiene herederos...

\_Creo que no.

\_ ¡Qué raro! \_exclamó Muntassir desconcertado\_. Los musulmanes poderosos suelen tener más de una mujer, e incluso varias concubinas, y sin embargo Faruk no ha tenido descendencia... Es cierto que, según me contó madre, su hermano nació con el corazón débil, pero eso nunca le impidió cabalgar y participar en las escaramuzas contra los cristianos, según me contaba él mismo cuando venía de visita siendo yo un niño. Se jactaba de ser invencible y solía decirme que algún día yo sería su sucesor y un victorioso guerrero.

\_ ¿Quieres al visir?

\_Sinceramente... no. Cuando aparecía por casa temía que con su insistencia, nuestros padres me obligasen a marcharme con él. Afortunadamente, siempre se negaron. Hace diez años que no lo veo.

\_Pero siempre has cuidado el arco que te regaló como si fuera un tesoro...

\_Sí. No niego que me gusten las armas y probar mi puntería, pero nunca me ha seducido la idea de comprobarla hiriendo o matando a otro hombre.

\_Quizás tengas que hacerlo ahora \_argumentó Fadel\_. ¿Sigues queriendo ser soldado?

\_ ¿Tengo otra opción?... Además, todo ha cambiado ahora. Echo de menos a mi esposa, a mi hijo y a nuestros padres... y no olvido que todo ello se lo debo a la intolerancia de aquellos malditos cristianos que les arrebataron la vida \_repuso Muntassir, lleno de ira\_. ¿Sabes? No sólo

quiero ser un soldado. Quiero ser el cabecilla de todos ellos; voy a entrenarme duro para conseguirlo, y voy a lograrlo por méritos propios... No quiero que nadie pueda pensar que dirijo un ejército por ser el sobrino y heredero del visir.

\_ ¿No vas un poco deprisa? \_preguntó Fadel, inquieto por el repentino cambio de humor de su hermano y su ansia por convertirse en un hombre de armas\_. No quiero que cambies, Muntassir. Tú no eres violento...

\_Yo ya no sé cómo soy. Quizás llegue a decepcionarte algún día, pero no me detendré ante nada. No permitiré que esos desalmados cristianos nos echen de nuestra tierra. ¡Seré yo quien haga retroceder a don Juan, el "cabezón" y a sus "innobles" aliados! Si Faruk tiene un poderoso ejército, yo lo convertiré en temible e imbatible.

\_Puede que no tengas que esforzarte mucho para ello \_respondió Fadel con desaprobación\_. Creo que el visir se basta él sólo para aplastar a esa pobre gente que habita sus tierras.

\_ No has entendido nada. Yo no quiero infundir temor a las personas inocentes. Lucharé por la justicia... Pero, ¡vamos!, Fadel \_sonrió Muntassir en tono conciliador\_. Esta conversación es absurda. Primero tendremos que instalarnos, observar cómo se desarrollan los acontecimientos y obedecer las órdenes de nuestro tío, no vaya a ser que se le ocurra colgarnos de una de sus preciosas torres... Te prometo tener paciencia y cuidar de ti como siempre he hecho.

Fadel se preguntó si no sería él quien tendría que cuidar de su hermano y sus perspectivas de futuro.

Ninguno de los dos había vuelto a mencionar a Mustafá y, aunque seguía presente en sus pensamientos más profundos, habían perdido la esperanza y también el deseo de encontrarle.

\*\*\*

Al atardecer, Muntassir y Fadel se hallaban a escasa distancia de la cima de la montaña. Desde su posición, los extenuados viajeros sólo podían ver la inmensa muralla que se perdía en la lejanía. La fortaleza del visir de Al Burallah parecía ciertamente inexpugnable. El sol del atardecer lanzaba, implacable, sus ardientes rayos sobre el material rojizo de la construcción, proyectando una luz cegadora que dificultaba la visión.

Muntassir comenzó a aminorar el paso hasta acabar deteniéndose a una distancia prudencial del portón principal de la ciudadela fortificada, que con toda seguridad se hallaría vigilada día y noche. Sin duda, un joven de veinte años y un chico de doce no representaban amenaza alguna para los moradores del palacio, sin embargo era extraño que nadie hubiese salido

a su encuentro. Fadel miró a su hermano con expresión asustadiza e intranquila.

\_ ¿Damos media vuelta? \_ balbuceó Fadel.

\_ ¿Para ir adónde? Hemos recorrido este largo camino con el único propósito de llegar aquí.

\_ Pero tienes dudas; ¿por qué te has parado? Casi hemos llegado...

\_ El tío Faruk no sabe que venimos ni por qué venimos. Además me extraña que no hayan dado la voz de alarma, o que no hayan salido soldados a interceptar nuestro paso y preguntar qué nos trae por aquí... Es imposible adivinar lo que hay detrás de esas murallas, pero estoy seguro de que nos están observando.

\_ ¿Temes que nos tomen por malhechores y nos maten?

Muntassir llevaba el arco en su espalda, pero su atuendo no era el de un guerrero. Al joven se le antojaba ridículo que los centinelas pudieran pensar que un muchacho y un niño representasen un peligro para una ciudadela fuertemente custodiada. Decidió apartar tan absurdos pensamientos e instó a su hermano a reemprender la marcha. Pronto se desvanecería su incertidumbre.

La puerta principal se abrió como por arte de magia permitiéndoles la entrada, que franquearon, sorprendentemente, sin encontrar a nadie a su alrededor.

Ante ellos se extendía un jardín paradisiaco, lleno de luz y color, que parecía no tener fin. Los hermanos se sintieron anonadados y maravillados ante tamaña belleza.

Entre frondosos árboles y arbustos se entremezclaban diversas especies de plantas cuidadas con esmero y colmadas de flores de intenso colorido, ofreciendo un contraste inusual que confería una sensación de tranquilidad y alegría. Finalizado el trayecto, el cautivador bosque daba paso a unos altísimos y gigantescos setos que formaban un complejo y enrevesado laberinto.

Repentinamente, Fadel y Muntassir fueron detenidos por dos soldados que habían salido sigilosamente de la espesura. Los hermanos que, extasiados por el paisaje habían bajado la guardia, permanecieron paralizados, incapaces de articular palabra.

\_ Si tenéis la bondad de seguirme... \_ les comunicó uno de los hombres de armas, sin más preámbulos\_. El visir espera impaciente vuestra llegada;

os habéis demorado más de lo previsto.

Muntassir y Fadel se miraron estupefactos. ¿Se les habría adelantado Mustafá y habría puesto al corriente de los acontecimientos al visir?

Siguieron en silencio a los soldados. La incertidumbre les corroía por dentro. No presentían una vida feliz a pesar de la grandiosidad y la hermosura del soberbio vergel por el que caminaban al encuentro de su tío.

A mitad del sendero apareció un criado joven y bien parecido, de rostro triste y añorado cuyo atuendo consistía en una corta túnica violeta sin mangas y unos pantalones bombachos semitransparentes. Con la cabeza gacha y sin mirar a los ojos a los recién llegados, saludó respetuosamente e informó que tenía órdenes del visir de llevar los caballos a los establos. Los hermanos le confiaron sus corceles y el sirviente desapareció al instante.

\_ Extraña vestimenta para trabajar en las cuadras \_ comentó Muntassir a Fadel casi inaudiblemente, en tono burlón.

\_ No sé si me acostumbraré a tanta "pompa".

\_Tú eres el poeta... \_le dijo Muntassir al oído con sorna.

Fadel se sintió herido.

\_Esto no tiene nada que ver con la poesía...

El grupo había llegado al patio exterior que conducía a la entrada principal del palacio. Delante de ella había una esplendorosa y amplia plaza con numerosos aljibes y piscinas de agua cristalina, rodeadas de preciosos rosales y plantas aromáticas.

Los escoltas ordenaron a los sobrinos del visir que esperasen a escasa distancia del edificio, pues debían anunciar su llegada.

Después de intercambiar unas palabras con el centinela, el soldado atravesó la "Puerta de la Justicia", donde, paradójicamente, el cruel y codicioso Faruk acababa de condenar a muerte a un hombre inocente por el mero hecho de carecer de bienes para pagar los desorbitados impuestos que exigía.

En el exterior, los sobrinos del despiadado gobernante, ajenos a la disparatada sentencia, comenzaban a sentirse optimistas de nuevo.

\_ ¡Alégrate, Fadel! \_ exclamó Muntassir emocionado, mirando a su alrededor\_. Este lugar no puede ser tan malo. Esta es la idea que los

musulmanes tenemos del paraíso. ¡Cuánta belleza!

\_ Ojalá tengas razón \_ respondió, dubitativo\_. No siempre es oro todo lo que reluce.

\*\*\*

El visir salió por la puerta principal para encontrarse con sus sobrinos.

Muntassir recordaba a su tío como un hombre alto, bien proporcionado, musculoso y de imponente figura. Sin embargo, su rostro siempre le había causado repugnancia, pues a pesar de sus bonitos ojos verdes y nariz perfecta, rasgos que el propio Muntassir había heredado del hermano de su madre, todavía recordaba su atributo facial más peculiar: su enorme y carnosa boca de color granate que escondía unos dientes grandes y puntiagudos.

Rememoró que, diez años atrás, su tío le había parecido un hombre jovial y vivaracho que gozaba de la vida. En su recuerdo revivió también las náuseas que le provocaban sus continuas carcajadas que dejaban al descubierto sus largas y sanas encías que contrastaban con el color amarillento de su dentadura.

En aquel tiempo, Faruk solía afeitarse con esmero, para gran disgusto de Muntassir, que trataba de disimular con fingidas risotadas, las arcadas que le producía la boca repugnante de su tío.

Mientras se aproximaba al visir dio gracias a Alá por el espeso bigote y la larga barba blanca que cubría casi en su totalidad el feo y repulsivo rostro de su tío, que se había convertido en un hombre gordo y panzudo.

Faruk caminó con esfuerzo hasta su sobrino, al que ya no habría reconocido, pues el niño al que regaló su preciado arco le había sobrepasado más de una cabeza en altura.

Se dieron la mano y, acto seguido, se abrazaron con sincera emoción.

\_ Siento mucho vuestra pérdida, Muntassir..., que también ha sido la mía \_dijo Faruk con franqueza.

El joven no pudo evitar que las lágrimas inundasen sus ojos, aunque consiguió no derramarlas. No quería mostrar debilidad ante el visir, pues su gran objetivo era llegar a ser el jefe supremo de las tropas del ejército de Al Burallah. Sin embargo, su disimulo fue innecesario, ya que Faruk había dejado de prestar atención a su, otrora, sobrino predilecto.

Fadel había permanecido inmóvil a cierta distancia, observando a las dos personas que de ahora en adelante iban a ser su única familia. El visir le

contemplaba con agrado y le instó con un gesto a que se acercara. El joven atravesó el patio lentamente. Para el adolescente su tío era un completo desconocido que no le inspiraba confianza. Faruk extendió su gruesa mano y le atrajo hacia sí en un abrazo que al muchacho le pareció eterno.

\_Seguidme, hijos míos \_ dijo afectuosamente \_. Yo mismo os mostraré mi palacio que, a partir de ahora, también será el vuestro.

Espontáneamente, Faruk tomó de la mano a Fadel y entraron en la estancia principal. Muntassir les seguía, sintiéndose ignorado.

\_ Has crecido mucho, Fadel. La última vez que te vi aún eras un bebé que no sabía hablar...

Él no respondió.

\_Nunca he tenido noticias de que fueras mudo... Todavía no te he oído pronunciar ni una sola palabra...

Fadel se sentía incómodo e incapaz de romper su silencio.

\_ ¡Oh! ¡Mi bello y querido sobrino! \_prosiguió el visir\_. Eres el vivo retrato de tu hermano mayor cuando tenía tu edad... Por más que insistí, nunca quiso venirse conmigo a este formidable palacio... Y, imira por dónde!, el destino ha querido que los dos compartáis mi vida.

Muntassir se percató de que su tío no había mencionado en ningún momento al hermano mellizo de Fadel, Mustafá. Se preguntó si habría sabido de él, aunque decidió callar. Tiempo habría para tantear al visir.

\_ Nunca habríamos venido de no ser porque nuestra madre nos lo pidió \_ declaró Fadel con descaro.

\_ Ummm... Y además tienes una bonita voz... \_ respondió Faruk pausadamente, sin inmutarse.

La tristeza que Muntassir había sentido momentos atrás al recordar la muerte de su familia fue tornándose en cólera con cada frase y cada gesto que su tío prodigaba a Fadel. Disimuladamente puso su brazo sobre el hombro de su hermano, apartándolo de su impetuoso tío.

\_ Tío Faruk. Agradecemos tu amable acogida, y aunque no pretendo ser descortés, te ruego que comprendas que Fadel y yo estamos exhaustos. Quizás podrías mostrarnos nuestros aposentos para que podamos descansar y adecentarnos un poco, antes de cenar...

El visir se sintió confuso. No estaba acostumbrado a que nadie le contrariase o le hiciera alguna sugerencia. A regañadientes, decidió aceptar la petición de Muntassir y asintió con la cabeza.

\_ Enviaré a un sirviente para que os conduzca hasta los dormitorios destinados a los invitados. Después ordenaré que os lleven la cena y podréis acostaros. Mañana se os asignarán los aposentos que ocuparéis en las dependencias principales, como miembros de mi familia que sois, y continuaremos el recorrido por el palacio y sus alrededores... Como habréis observado, poseo un vasto territorio. Así pues, descansad.

El visir dio media vuelta y desapareció, sin esperar respuesta, por una de las numerosas y pequeñas puertas laterales que se hallaban a lo largo del espacioso pasillo.

En un instante apareció un lúgubre sirviente de mediana edad, ataviado con una amplia y sobria túnica gris oscura, que les condujo al dormitorio que los dos hermanos compartirían la primera noche de su estancia en la fortaleza.

Muntassir y su hermano se sentían intranquilos y desconcertados. Su vida en el pequeño pueblo en el que nacieron y crecieron había sido muy diferente a la que el caprichoso destino les había conducido.

Fadel miró con asombro al criado, cuya indumentaria y apariencia física era la antítesis del mozo de cuadras que se había ocupado de sus caballos.

\_ ¿Te imaginas cómo irán vestidos los cocineros, Muntassir?

El hermano mayor sonrió y se encogió de hombros.

\_ ¿De danzarinas, quizás? \_respondió Muntassir con sarcasmo \_. Me temo, hermano, que nuestra vida no va a ser fácil. El visir es como mínimo un excéntrico. De momento, tendremos que ser cautelosos y ganarnos su confianza.

\_ ¿Qué piensas de él?

\_ Aún no lo sé, pero no debemos enfrentarnos a él... Por lo menos, aún no \_ puntualizó Muntassir \_. No temas. Yo siempre te protegeré.

\_ ¿De qué, Muntassir? Ahora estamos a salvo.

\_ Tienes razón... Ahora estamos a salvo \_dijo sin convicción.

\*\*\*

Apenas habían despuntado los primeros rayos del sol que comenzaban a filtrarse a través de las ventanas decoradas con suntuosas vidrieras de variados colores, el mortecino sirviente que había acompañado a los dos hermanos a su dormitorio el día anterior, apareció sigilosamente a los pies de la cama que habían compartido Muntassir y Fadel, quienes se sobresaltaron cuando el criado les despertó y apremió para que se acicalaran con presteza, pues el visir les esperaba impaciente en la puerta principal.

Muntassir estaba deseoso de conocer los entresijos de su nueva morada, por lo que en un instante estuvo listo, mientras que su hermano pequeño se mostraba reticente a abandonar la alcoba. Sin embargo, era consciente de que no debía desobedecer a su tío a pesar del trato afectuoso que le había profesado a su llegada. Comprendió que su libertad se había esfumado por completo y que su vida dependería, a partir de aquel momento, de los deseos y expectativas que el visir tuviera para él.

Fadel se preguntaba si alguna vez volvería a escribir un poema, o si tendría el valor de atreverse a desvelar a Faruk su afición secreta, aspiración que había aumentado durante el largo viaje que les llevó hasta Al Burallah, pues durante las noches que pasó en vela en las numerosas posadas en las que habían pernoctado, los versos habían bullido en su cabeza como si le instigasen a plasmar en el papel sentimientos hasta ahora desconocidos para él. Su mente ya no construía poemas de amor, sino de tragedia, muerte, desengaño y traición, y aunque luchaba por aniquilar tan ingratas emociones, éstas habían pugnado por permanecer en su ser hasta que comprendió que había perdido la batalla.

\*\*\*

El visir Faruk aguardaba en la Puerta de la Justicia con el semblante taciturno y serio. A su espalda se hallaban dos hombres armados que les escoltarían en su recorrido. El afecto que el hombre había mostrado cuando se reencontró con sus sobrinos parecía haberse esfumado. Acompañado en todo momento por el cetrino sirviente y dos de sus soldados, les condujo por las dependencias del palacio con celeridad y sin hacer apenas comentarios. El gobernante, a modo de disculpa, había aducido haber pasado una mala noche.

El grupo emprendió su recorrido a través de la Sala de la Justicia. Mientras caminaban, el visir relataba a sus sobrinos que la fortaleza de Al Burallah le había sido otorgada por el sultán Tareq Al-Haddad como ofrenda por sus buenos servicios y reiteradas victorias contra el ejército cristiano. A su vez le había conferido la posición de juez supremo de su vasto territorio, compuesto por numerosos pueblos y villas, por lo que

podía impartir justicia a su libre albedrío.

Aunque era la segunda vez que los sobrinos del visir atravesaban la Sala de la Justicia, los hermanos contemplaron con más detalle la belleza de la edificación. Las paredes laterales estaban decoradas con frutas de cerámica, formando un mosaico similar al del ancho pasillo que les conducía hacia una gran escalera que ascendía hasta el segundo nivel.

Instantes después llegaron a las dependencias centrales del visir, en las que había diez alcobas y un gran salón destinado a las visitas, todo ello decorado con azulejos y motivos de flores y estrellas. El suelo era de cerámica de color blanco impoluto, intercalado con motivos geométricos.

Faruk prescindió de mostrar las alcobas del piso superior a sus sobrinos, pues habían dormido en una de las habitaciones y todas ellas eran idénticas. Los hermanos recordaron la agradable impresión que les causó el bello y frondoso jardín que se divisaba desde la ventana. Desde aquella posición privilegiada también habían podido observar el ir y venir de los criados, desde una dependencia adosada a la pared del primer nivel de la edificación principal del gobernante hacia el interior.

La construcción principal terminaba en otra escalera, custodiada por dos centinelas armados, por la que se descendía a las cuatro grandes estancias y a los baños privados de Faruk, quien señaló el lugar que ocupaban sus aposentos sin exhibir su interior.

Muntassir y Fadel dedujeron que desde el bloque adosado que habían visto desde la ventana del dormitorio, los sirvientes de su tío posiblemente tendrían acceso a sus dependencias, que suponían fuertemente vigiladas por su guardia personal.

\_\_ ¡Es sensacional, tío Faruk! \_\_exclamó Muntassir impresionado\_\_. Nunca en mi vida había contemplado tanta belleza.

\_\_ Pues aún no has visto nada \_\_ respondió orgulloso el visir\_\_. Esto es sólo una pequeña parte del palacio. Todavía no habéis visitado el harén y su bello jardín... Y lo que es más importante... \_\_susurró el visir al oído de su sobrino mayor\_\_ es que, además de lo que podéis ver en el exterior, poseo una ciudad subterránea que recorre toda la fortaleza... Claro que, las habitaciones son sustituidas en su mayor parte por mazmorras con sofisticados instrumentos de tortura... Es confidencial, mi querido sobrino \_\_añadió, al observar la expresión de desagrado que mostraba el rostro de Muntassir \_\_. Sólo algunos de mis hombres y soldados de confianza tienen el privilegio de conocerla. Debo advertirte que debes guardar este secreto que, como sangre de mi sangre, te he confiado... Con tu vida, sobrino... \_\_le advirtió en tono amenazador\_\_. Ni siquiera tu hermano debe saber de

su existencia; es demasiado joven.

\_ Confía en mí, mi señor.

\_ ¡Vaya! \_ exclamó Faruk con una carcajada\_ ¡Qué serio y formal te has vuelto de repente! Sigo siendo tu tío Faruk \_ puntualizó el visir, orgulloso de haberle infundido temor.

\_ ¡Sigamos! \_prosiguió\_. Os enseñaré el harén que, quizás encontréis un poco... "peculiar", aunque espero que sea de vuestro agrado.

El visir se adelantó unos pasos del grupo, desternillándose ruidosamente durante unos instantes. Los dos hermanos se miraron estupefactos con disimulo. ¡Qué desconcertante facilidad tenía aquel hombre para pasar de la más absoluta seriedad a sus espontáneas e incomprensibles risotadas! Pero Muntassir había comprendido que el "afable" hermano de su bondadosa madre era un hombre a temer, y no el entrañable tío Faruk que le agasajaba con regalos cuando era un niño.

\*\*\*

Los aposentos del visir, situados en el extremo de la planta baja del edificio principal conectaban con un espacioso patio interior en el que había una extensa piscina cuadrada de escasa profundidad. Su agua limpia, transparente y cristalina provenía del manantial que brotaba incesante desde la parte más alta de la cima de la montaña de Al Burallah, en el exterior de la alcazaba.

Parte del fontanar había sido canalizado años atrás por el sultán Tareq IV para abastecer de agua a toda la fortaleza.

Entre el edificio principal y el campo de entrenamiento para los soldados se hallaba ubicado el harén, que consistía en un gran bloque rectangular de dos alturas, cuya parte central daba a un hermoso y cuidado jardín. Allí se encontraba la puerta frontal del serrallo, por donde sus moradores entraban y salían.

El visir tenía acceso privado al harén atravesando el patio interior que comunicaba sus aposentos con la puerta trasera del segundo nivel de la construcción, en la que se hallaba la dependencia principal, destinada a la esposa favorita del visir. En la misma planta había diez habitaciones más, reservadas para la madre del gobernante y demás mujeres y concubinas.

La madre de Faruk nunca vivió en Al Burallah, y el visir sólo se había casado una vez con Zulema, la hija menor de una de las concubinas del sultán Tareq IV, por lo que la bella mora era la única mujer que residía en

la segunda altura del harén.

La planta baja estaba habitada por algunas sirvientas y sus hijos. En ella había un espacioso salón que podía ser utilizado por todos los habitantes del harén ya fueran de clase superior o inferior, y unos baños interiores, en los que disponían de agua caliente para las estaciones frías.

La escalera interior, por la que se accedía del primer nivel al superior estaba siempre custodiada por un eunuco.

El visir ordenó a su escolta y a su sirviente que se detuvieran en la base de la escalinata que conducía a la alcoba de Zulema. Después comunicó a su sobrino menor que esperase junto al pequeño grupo hasta su regreso, e instó a Muntassir a que le acompañase a los aposentos de su mujer.

\_Mi querido sobrino: vas a tener el privilegio de conocer a mi esposa Zulema. Estoy seguro de que será de tu agrado.

Muntassir no sabía cómo debía reaccionar ni qué debía contestar, por lo que asintió en silencio y se limitó a obedecer a su tío.

El gobernante introdujo una llave en el dormitorio de Zulema, que se encontraba en el balcón de sus aposentos disfrutando del paisaje.

\_Todas las habitaciones de la segunda planta tienen una gran ventana, excepto la de mi esposa, en la que hice construir un mirador \_explicó Faruk.

Muntassir permaneció en la puerta de la alcoba.

\_Pasa, pasa... Quiero que conozcas a mi mujer, y que admires la grandeza de mis posesiones desde el lugar más privilegiado.

Muntassir siguió a su tío hasta el balcón en el que se hallaba Zulema, quien había sido gratamente sorprendida por la gallardía del sobrino de su esposo, al que sonreía con picardía y descaro. Muntassir agachó tímidamente la cabeza.

\_No te avergüences, hijo... y compórtate como lo haría un hombre ante semejante beldad... Daos la mano...

Zulema caminó sensualmente hacia Muntassir y extendió su mano. Él le dio, respetuosamente, la suya.

\_Bienvenido a nuestra morada, Muntassir \_dijo ella\_. Mi esposo me ha hablado mucho de ti...; de cuando eras un niño, claro... Es un agradable

placer acogeros en nuestro palacio \_ dijo Zulema en tono provocativo.

\_El placer es mío, señora \_dijo Muntassir con formalidad.

\_Salgamos a la terraza, sobrino, y admira la belleza de todo lo que te rodea... Me temo que mi enfermo corazón no me permitirá que te acompañe en todo el recorrido a la fortaleza, pero desde aquí podrás contemplar todo lo que te queda por conocer. Yo llevaré a tu hermano a dar un paseo por el jardín del harén... Y ahora, si me disculpáis os dejaré a solas para que os vayáis conociendo mejor.

Sin mediar más palabras, Faruk dio media vuelta y avanzó rápidamente hasta la puerta, cerrándola con llave.

\_ ¡Tío, Faruk! \_gritó Muntassir, aporreando la puerta\_. ¡Espera!

\*\*\*

El gobernante se reunió con Fadel, el sirviente, y los dos escoltas armados que esperaban en el patio.

\_ ¿Dónde está mi hermano, tío?

\_Le he encomendado una misión... No hagas preguntas.

El visir, seguido por el pequeño grupo que le acompañaba, desanduvo el camino hasta llegar de nuevo hasta la Puerta de la Justicia. Desde allí caminaron a través del vergel de la entrada a la fortaleza, hasta llegar a una puerta cerrada por la que se accedía a los jardines del harén. Despidió allí al sirviente y a los dos centinelas y desapareció junto a su sobrino por la estrecha y casi escondida portezuela.

Los jardines que rodeaban el serrallo estaban cuidados incluso con más esmero que los de la entrada a la ciudadela y eran infinitamente más hermosos. El semblante de Fadel se iluminó al comprobar que en él había niños y muchachos de su edad que jugaban, paseaban o charlaban animadamente. Algunos hombres, mujeres y esclavos les cuidaban y vigilaban mientras hablaban unos con otros. Fadel alzó, complacido, la vista hacia el visir.

\_ ¿Es aquí donde voy a vivir, tío Faruk?

\_Ummm... Tengo otros planes para ti, hijo. Eso no quiere decir que no puedas venir aquí cuando quieras y hacer amistad con niños de tu edad...

\_No soy un niño, tío Faruk \_protestó, Fadel.

\_Lo sé, lo sé... Es una forma de hablar... Dejémoslo en jóvenes de tu edad... Aunque, sobrino...; estas personas carecen de la educación que yo quisiera darte. No dudo, que siendo hijo de mi hermana, sabrás leer y escribir...

\_Por supuesto que sé leer y escribir \_protestó Fadel, indignado\_ Además, mi mayor afición es escribir poemas... \_le confió el muchacho, arrepintiéndose al instante.

\_ ¡Oh! ¿Te gusta la poesía?

El sobrino asintió tímidamente con la cabeza.

\_No debes avergonzarte, Fadel. Yo mismo escribía poemas en mi juventud...

\_ ¿De veras?

\_Sí, hijo... Te diré lo que vamos a hacer: te adjudicaré un dormitorio adyacente al mío. Así tendrás libre acceso a la biblioteca y dispondrás de pluma, papel y todo lo que consideres necesario.

\_ ¿Y no tendré que convertirme en soldado?

\_No, si no es tu deseo.

\_No, tío; no lo es. Ese es el deseo de Muntassir. Yo odio las armas... Ni siquiera sería capaz de vengarme de quienes mataron a mis padres y a la familia de mi hermano.

\_Debes saber que de esa venganza ya me he encargado yo.

\_ ¡¿Qué quieres decir?! \_inquirió Fadel desconcertado.

\_ Como ya os dije, tardasteis mucho tiempo en llegar a la fortaleza. Tu hermano Mustafá vino mucho antes que vosotros y me contó lo ocurrido... Envié a una pequeña parte de mi ejército al castillo de don Juan de la Cabeza... Me corrijo: al que fue el castillo del difunto don Juan de la Cabeza. A mis soldados les dio tiempo de ir y volver y les sobró unas cuantas jornadas. Llegué a pensar que nunca vendrías.

Fadel no sabía si asimilar con alegría o tristeza tales noticias.

“Don Juan merecía morir” \_reflexionó\_, “pero en su castillo había personas inocentes que habrán muerto por orden de mi tío. No es ese mi sentido de la justicia. Del mismo modo, mi hermano Mustafá también

merecería morir; no es eso lo que yo quiero para él...”

\_Dices que has visto a Mustafá. ¿Qué ha sido de él? ¿Qué te contó? ¿Por qué no se ha quedado?

\_ ¡Calma, muchacho! Serénate y escucha... Mustafá estuvo en la fortaleza. Fue él quien me contó lo que le sucedió a vuestra familia, que también era la mía. También me confesó que él, con la ayuda de un grupo de traficantes de esclavos, quemó la casa del amigo de tu padre cuando todos dormían...

\_ ¡Eran inocentes! \_se quejó Fadel.

El visir consideró si debía proseguir, pero Fadel le miraba expectante y el chico tenía derecho a conocer las respuestas, por lo que decidió continuar su relato.

\_Mustafá decidió no quedarse en la fortaleza por propia voluntad.

\_ ¿Le dejaste marchar, sin más?

\_ ¡Exacto! Temía encontrarse con tu hermano. Sabe que nunca podrá perdonarle.

\_Yo tampoco debería perdonarle... pero es mi hermano mellizo. Compartimos la misma habitación desde que nacimos y, aunque a veces era cruel conmigo, le quiero.

\_No debes preocuparte por él. Conozco al grupo de traficantes al que se ha unido. Trato a menudo con ellos. Les he comprado y vendido esclavos en muchas ocasiones y me temen. Puedo asegurarte que no le harán ningún daño, pues envié a un emisario para que les hiciera saber que tendrían que vérselas conmigo en caso de que Mustafá sufriera algún percance.

\_Gracias, tío... Debo contárselo a Muntassir. Entre mi hermano y yo no hay secretos. ¡Ojalá no se enfade mucho contigo!

\_ No lo hará \_ contestó el visir con una sonrisa malévola\_. “Por la cuenta que le tiene” \_añadió Faruk para sí.

\*\*\*

Zulema contemplaba a Muntassir con deleite. El joven alto y musculoso de rostro perfecto y grandes ojos verdes continuaba estupefacto de espaldas a la pared, incapaz de moverse.

\_Quisiera salir de tu dormitorio, Zulema. No quiero ser descortés, pero no acierto a entender qué estoy haciendo aquí. No comprendo qué pretende mi tío encerrándome contigo en tu alcoba... ¿Poner a prueba mi fidelidad hacia él, quizás?

Zulema negó con la cabeza mientras se acercaba a Muntassir con cara de niña traviesa.

\_Mi esposo quiere que te muestre la fortaleza desde mi balcón. ¡Vamos! ¡Sígueme!

La bella y voluptuosa mujer de pelo azabache y cuerpo excepcional caminó hacia el exterior con un exagerado contoneo de caderas, provocando la excitación de Muntassir a pesar del temor que la extraña e incómoda situación le infundía. El joven decidió seguir a Zulema hasta la terraza.

“Salir al aire libre será mejor que permanecer con la mujer de mi tío en su dormitorio” \_caviló.

El fornido y apuesto Muntassir se asomó al mirador, cuyas vistas abarcaban el conjunto de la fortaleza y el bello paisaje de extramuros.

Por un momento olvidó la insólita circunstancia en la que se encontraba y concentró su mirada en el jardín del harén. Era el vergel más bello que jamás había visto, con una rica variedad de arbustos en flor. Un intenso aroma a jazmín y rosas inundaba el aire que respiraban. Contempló el recinto y las numerosas piscinas en las que algunos niños, mujeres, y hombres disfrutaban del baño, mientras otros paseaban, jugaban o charlaban, aparentemente felices.

A lo lejos, separado por un muro de la altura de un hombre, pero dentro del espacio amurallado, se veían las viviendas de los soldados del ejército del visir, y poco más allá de la alcazaba, el gran manantial que hacía posible la abundancia de agua con la que contaba la ciudadela de Al Burallah y los pueblos situados al pie de la montaña.

El sobrino de Faruk volvió a contemplar el jardín. Su tío y su hermano paseaban por el lugar, cogidos de la mano, con talante amistoso. Fadel captó la mirada de Muntassir y saludó con la mano.

Su hermano le devolvió el saludo y dirigió la vista hacia el gobernante, quien inclinó la cabeza cortésmente con una sonrisa maliciosa. Después prosiguieron su camino.

Muntassir entró en la alcoba, seguido de la joven y guapa esposa del visir.

\_ ¿Estás prisionera, Zulema?

\_No más que tú.

Muntassir observó que la mujer había comenzado a hablarle con familiaridad.

\_Explícate, por favor.

\_ ¡Oh, Muntassir! \_ exclamó la mujer con desesperación\_. ¡Por Alá! ¿De dónde vienes? Tienes el semblante de un hombre inteligente; sin embargo, y no pretendo ofenderte, en este momento me pareces un completo imbécil.

\_Así me siento \_repuso airado.

\_Perdóname \_dijo Zulema endulzando el tono de su voz\_. Tú tío te ha encomendado una tarea... y yo te ayudaré con sumo placer...

\_ ¿De qué estás hablando, Zulema?

\_ ¡Está bien! Voy a explicártelo con todo detalle, puesto que te empeñas en no entender... ¿Por qué crees que mi esposo nos ha encerrado con llave a los dos en mi alcoba?

\_Te lo he preguntado antes. ¿Te tiene prisionera?

\_No exactamente. Mi marido me priva de mi libertad cuando se le antoja... La cerradura tiene dos llaves. Yo tengo una, con la que puedo entrar y salir al patio del harén. A veces, incluso se me permite abandonar la fortaleza y visitar a mi madre en el palacio del sultán, o acudir al zoco... siempre acompañada y escoltada, por supuesto.

\_ ¿Y la otra llave?

\_La otra llave es la que posee únicamente mi esposo, y con la que puede dejarme encerrada el tiempo que le plazca; en este caso, encerrarnos... Sé que perdiste a tu esposa hace poco tiempo, y de veras que lo siento, pero eres un hombre y me estoy ofreciendo a ti... ¿Acaso no me consideras hermosa? \_preguntó Zulema suplicante.

\_Estaría ciego si no supiera apreciar tu belleza, pero no puedo faltarle el respeto a mi tío... Nos está poniendo a prueba, y debemos salir victoriosos de ella.

\_ ¡Qué poco le conoces! \_respondió la mora con desprecio\_ ¡Hombre estúpido! El único motivo por el que tu "honorable" tío nos ha encerrado en mi dormitorio es para que me tomes y hagamos el amor...

\_No seas ridícula...

\_Piensa, Muntassir. El visir desea tener descendencia. Necesita tener un varón que le suceda y herede sus posesiones. ¡No ha pensado en ti como su sucesor! \_exclamó Zulema con cierto sarcasmo\_. Él desea que yo le dé un hijo, pero no puede dejarme embarazada; es por ello por lo que ha decidido que tú debes ser quien le haga padre.

\_Eres una embustera. Sé que mi tío tiene el corazón débil, pero no creo que su enfermedad sea causa de infertilidad.

\_Realmente, eres un necio \_contestó la joven, exasperada, al tiempo que se quitaba su amplia túnica de seda azul, dejando al descubierto su bonito cuerpo desnudo\_. Tómame, Muntassir \_imploró Zulema, intentando besar los labios del desconcertado sobrino.

\_ ¡Vístete, insensata! \_le urgió Muntassir, alejándose de la mujer, lleno de ira y a la vez de deseo.

Zulema se sintió herida en su orgullo por el rotundo rechazo del joven, aunque mucho mayor era su temor cuando tuviera que contarle a su esposo que había sido incapaz de seducirle. Rendida y agotada, volvió a vestirse. Después se sentó sobre su lecho y habló sosegadamente.

\_Voy a contarte toda la verdad... y espero que no me interrumpas y me creas... Si me delatas, no volverás a verme viva.

Muntassir asintió con serenidad.

\_Mi esposo jamás ha tenido la intención de poseerme y, puesto que nunca me he acostado con él, es obvio que jamás podré darle un heredero, como tampoco lo podrán hacer los muchachos de los que suele enamorarse... Tu tío es muy enamorado, ¿sabes?...

La sombría expresión de Zulema hizo que Muntassir comenzara a admitir que la muchacha decía la verdad. De pronto le vino a la memoria el extraño atuendo del joven mozo de cuabras y los comentarios del posadero sobre la desaparición de los jóvenes del pueblo.

\_Y según tú, Zulema; ¿quién crees que ocupa el corazón del visir en este momento?

\_Jaber \_respondió ella sin dudar\_. Es el joven sirviente que está al cuidado de los caballos. Vive en la habitación de al lado y somos amigos y

confidentes... Su alcoba también tiene dos llaves. A menudo, por la noche, cuando no puedo dormir, oigo como mi puerta se cierra con llave, e inmediatamente después, escucho girar la llave de la puerta del dormitorio de Jaber. Antes del amanecer, vuelvo a oír los inconfundibles pasos del visir por delante de mi habitación; después el sonido de la llave que abre la cerradura de mi dormitorio. Entonces abandona el edificio por la parte trasera. Esas noches permanezco sentada, apoyada sobre la pared que separa nuestros dormitorios. Sé que Jaber está al otro lado y es la única manera que tengo de sentirme cerca de él y ofrecerle consuelo... A veces le oigo llorar; puedes no creerme... Comprendo que algo tan aberrante es difícil de asimilar, pero voy a darte dos consejos: el primero es que no desveles a mi esposo que conoces su secreto, y el segundo es que mantengas alejado de tu tío a tu hermano pequeño. Piensa en ello, Muntassir.

Zulema se tumbó sobre su lecho e intentó relajarse y dormir.

Antes del amanecer volvería a oír el giro de la llave que permitiría a Muntassir abandonar la alcoba, pero esta vez, el visir entraría en su habitación esperando respuestas satisfactorias. ¿Qué podría contarle a su despiadado esposo para no provocar su cólera, si tan siquiera contaba con el respaldo de su sobrino?

\*\*\*

Hacia la media noche, Zulema dormitaba, mientras Muntassir continuaba sentado sobre un cojín en el extremo del dormitorio. Impulsivamente, se levantó y se acercó a la cama de Zulema que dormía recostada de lado: su agitado sueño le provocaba pequeñas convulsiones a su inquieto cuerpo. Muntassir se sentó indeciso a su lado, imbuido por un repentino deseo de apaciguar el desasosiego y la desazón que violentaban a la bella mujer.

Zulema sintió su presencia sobre su lecho, y se giró sobre el colchón, quedando cara a cara con el hermoso hombre de largo y brillante cabello negro. Entonces él cubrió su boca con un prolongado beso, mientras ella separaba sus labios para recibir con ardiente deseo el placer que Muntassir le brindaba. Rápidamente, la mora se desprendió de la túnica que la envolvía, al mismo tiempo que él se despojaba de la suya, mostrando su cuerpo firme y musculoso. Con su mano áspera acarició la suave piel morena de la muchacha, que le devolvía con ímpetu sus caricias. Zulema, ardiente de deseo, separó sus piernas, y él respondió a su invitación moviéndose rítmica y suavemente sobre ella, sintiendo un placer que jamás había experimentado con Raissa, su difunta esposa.

\_Te amo, Muntassir \_susurró la muchacha entrecortadamente mientras

hacían el amor\_. Quédate conmigo siempre...

\_Yo no te quiero, Zulema \_respondió él mientras ambos alcanzaban la cima de su pasión.

\*\*\*

Antes de despuntar el alba, el visir, sigiloso, ascendió descalzo la estrecha escalera que conducía a la puerta trasera del edificio del harén. Abrió la portezuela sin hacer ruido, y con un rápido gesto introdujo su llave en el dormitorio de su esposa, sorprendiendo a la pareja, dormidos, fundidos en un abrazo.

El visir sonrió complacido.

Muntassir se sobresaltó y saltó de la cama de un brinco, llevándose consigo la sábana a la vez que se cubría con ella.

Zulema se despertó serena, se desperezó y luego se levantó despacio para recoger la túnica que había tirado al suelo aquella noche de lujuria. Su desnudez no le avergonzaba; habían sido muchas las veces que otros hombres la habían contemplado desprovista de ropa. Sin embargo, el sobrino del visir no pudo evitar inquietarse mientras temía, expectante, la reacción de Faruk.

\_ ¡Buenos días! \_exclamó el gobernante, desternillándose\_. Parece que habéis pasado una buena noche. ¡Ah! Me alegro por los tres. Veo que formamos un buen equipo. Ven conmigo, sobrino. Hablaremos con más tranquilidad en mis aposentos.

Muntassir le siguió a través del patio interior. A cada paso que daba le era más difícil ocultar su cólera.

“Así pues, Zulema decía la verdad” \_pensó, indignado\_. “Debería estar contento, de lo contrario el visir me habría condenado a muerte.”

Sin embargo se sentía decepcionado e irascible. No daba crédito a los pensamientos y actos enrevesados con los que se prodigaba su depravado y, otrora, admirado tío. Su plan para engendrar un heredero le provocaba náuseas y aun así había colaborado en tan descabellado ardid. Había caído rendido ante los encantos de la hermosa Zulema, a quien no culpaba, pues la consideraba una víctima más del degenerado visir.

Muntassir había descubierto que la esposa de su tío no era virgen. No era que le importase, pues no había mentido cuando le dijo que no la amaba, pero le intrigaba su vida y ansiaba poder pasar más noches con ella.

\*\*\*

El visir tomó asiento en su confortable sillón favorito. Sus aposentos llamaron la atención de Muntassir, pues a pesar de estar decorados al más puro estilo árabe, la mayor parte del cómodo mobiliario se asemejaba más al que los nobles cristianos poseían en sus castillos.

\_Pasa y siéntate donde gustes.

Muntassir tomó asiento enfrente de él, en un sillón similar al suyo.

\_Veo que te llaman la atención mis muebles. En realidad no es extraño que las personas de cierta posición utilicemos enseres idénticos a los de los nobles cristianos, como tampoco es tan raro que en las viviendas cristianas se sienten sobre cojines y descansen sobre mullidos colchones y almohadas. No hay castillo en el que sus moradores no cubran el suelo de alfombras... No me estás escuchando; te noto un poco tenso... ¿Hay algo que te preocupe? ¿Algo que deba explicarte?

\_No, tío Faruk... Tu esposa me ha informado con detalle de mi cometido.

\_Y como he podido observar, estás de acuerdo \_dijo el visir, guiñándole el ojo.

\_No, tío... Reconozco que me dejé llevar por la situación. Cuando me encerraste con tu esposa pensé que era mi obligación satisfacerla. Sin embargo, me gustaría saber qué habría sucedido de haberme negado a tus deseos... Sinceramente, no te entiendo, ni tampoco comprendo tu peculiar sentido del humor.

\_ ¿Te atreves a reprocharme algo?! \_inquirió el visir, súbitamente malhumorado.

\_Te ruego que me perdones si te he ofendido, pero por favor, necesito oír tu respuesta... ¿No has considerado que si Zulema se quedase embarazada su hijo sería mío, y no tuyo? Alá sabe que no deseo tu muerte, pero si, como es ley de vida, fallecieses antes que yo, Fadel y yo somos los hijos de tu única hermana, y por lo tanto tus legítimos herederos.

\_Ya he pensado en ello, Muntassir, y eso sólo sucederá si Zulema no consigue darme un hijo antes de que yo muera. Sabes que siempre he tenido el corazón enfermo y que ya no soy tan joven...

\_Pero...

\_ ¡Ni una palabra más! \_interrumpió Faruk, inflexible\_. Este asunto está zanjado... Si te he pedido que me acompañes a mis dependencias es para

debatir tu futuro y el de tu hermano. Hasta ahora no hemos tenido la oportunidad de tener una conversación tranquila sobre tus inquietudes, el trabajo o el puesto que te gustaría desempeñar en mi palacio. He hablado con Fadel y hemos llegado a un acuerdo, pero en lo referente a ti...

\_ ¿A qué acuerdo has llegado con mi hermano? \_preguntó Muntassir con visible preocupación en su semblante.

El gobernante ignoró deliberadamente la pregunta.

\_ ¿Tienes hambre? Hamid nos traerá el desayuno de inmediato.

\_Sí. Tengo hambre \_respondió Muntassir dócilmente.

El sirviente dio unos débiles golpecitos solicitando permiso para entrar en la habitación. El sobrino del visir se preguntó si habría permanecido detrás de la puerta con el desayuno, escuchando el momento de la conversación en el que Faruk requeriría su presencia.

\_ ¡Adelante, Hamid!

\_Mi señor, traigo leche y un dulce de nueces con miel \_anunció el sirviente con tono servil\_. ¿Deseas algo más, mi señor?

El visir le despidió, con un desganado ademán. El lúgubre criado se inclinó ante él y desapareció con presteza.

Faruk y su sobrino almorzaron en silencio. En cuanto terminaron, Hamid volvió a aparecer para retirar los utensilios y los restos de comida.

\_ ¡Es impresionante! \_exclamó Muntassir.

\_ ¿Qué tiene de impresionante que mi asistente retire el desayuno cuando ya nos lo hemos comido?

\_Es como si hubiese adivinado cuándo tenía que entrar y salir...

\_Mi querido sobrino: con el tiempo comprobarás que bajo mis dominios el azar no existe; nada se adivina. Todo está perfectamente calculado y bajo mi control, desde el último sirviente hasta el oficial de más alto rango de mi ejército. Nadie se atreve a hacer ningún movimiento del que yo no esté informado \_puntualizó, mirándole fijamente a los ojos.

\_ ¿Puedo preguntar cómo lo consigues? No debe ser fácil, en un lugar tan extenso...

\_Mediante el miedo y la recompensa, Muntassir... No hay hombre, mujer o niño que no me tema. Todos me son fieles porque nunca saben en quién

pueden confiar y quién les puede delatar...; por eso se limitan a vivir y callar. Llevo veinticinco años como visir de esta fortaleza, y al principio, algunos incautos cometieron el error de difamarme. Tuve que condenarles a muerte... y algunos sufrieron alguna pena mayor. Sin embargo hubo otros que fueron recompensados por revelarme la identidad de aquellos que tuvieron la osadía de calumniarme a mis espaldas. Hace mucho tiempo que mis súbditos comprendieron que su vida sería mucho más fácil si me ofrecen lealtad... y lo que acabo de decirte es válido también para los miembros de mi familia...

\_Comprendo... \_respondió Muntassir, angustiado y arrepentido de haber desoído la sugerencia de Fadel cuando al pie de la montaña que ascendía a la ciudadela le propuso rehacer su vida lejos del territorio del visir.

\_Bien... Vamos a lo que nos ocupa. Tu hermano me ha expresado su deseo de convertirse en poeta. Yo no tengo ninguna objeción...; es más, le he ofrecido el dormitorio contiguo al mío. De este modo podrá leer mis libros y utilizar mi escritorio cuando le plazca...

\_ ¡No! \_le interrumpió Muntassir con rotundidad.

\_ ¡¿Cómo te atreves?!

\_ Perdona \_rectificó el joven, suavizando el tono de su voz\_. Es sólo que Fadel aún no ha superado la muerte de nuestros padres y la desaparición de Mustafá. Al ser mellizos, siempre compartieron la misma alcoba... Por ello te suplico que me permitas dormir con él... Será sólo durante unos días, hasta que se acostumbre a vivir aquí.

Faruk consideró su petición mientras enroscaba con su dedo rechoncho su rizada barba blanca.

\_Está bien... Os asignaré el dormitorio adyacente al mío, pero sólo provisionalmente hasta que Fadel se adapte a su nueva morada... Quiero añadir una condición... \_anunció pausadamente.

\_Dime.

\_Seguirás visitando a Zulema en sus aposentos a menudo. No es preciso que te quedes con ella toda la noche. Si cumples, no cerraré la puerta con mi llave. ¿Lo harás?

\_ ¿Acaso tengo otra opción? \_inquirió Muntassir con resignación.

\_ No, no la tienes.... En verdad no entiendo tu rechazo a disfrutar de una bella mujer \_se carcajeó el visir\_. Voy a darte una muestra de mi benevolencia y, como soy consciente de que no habrás dormido mucho, tu única tarea hoy será recuperar el sueño y coger fuerzas para esta noche...

Ahora, puedes retirarte a descansar. Esta tarde te presentaré al caudillo de mi ejército. Será él en persona quien te instruya en las artes de la guerra. Tu hermano me dijo que deseabas ser un buen soldado... Espero que demuestres ser un alumno aventajado, pues si así lo haces, muy pronto serás tú quien ocupe su puesto.

\_Te lo agradezco, tío Faruk.

\_Puedes retirarte.

Muntassir hizo una reverencia y salió apresuradamente de las dependencias del visir. Ya en sus aposentos, se tumbó en el espacioso y confortable lecho con cuidado de no despertar a su hermano, quien aún dormía plácidamente.

A pesar del cansancio, la excitación que sentía por todos los acontecimientos vividos desde su llegada le impedía conciliar el sueño. Pensó que, después de todo, la decisión del visir sobre su futuro adiestramiento como soldado, no parecía un mal comienzo, pues gozaba de una salud de hierro y una fuerza y agilidad colosal. Su puntería con el arco era inmejorable, al igual que su habilidad como jinete. Muy pronto, Faruk se sentiría orgulloso de él y olvidaría su plan absurdo y retorcido.

“Pronto seré yo quien acaudille sus tropas” \_pensó Muntassir con emoción\_. “¿Y quién sabe?...” \_fantaseó el joven, con una crudeza impropia de él\_. “Es posible que mi tío muera antes de que Zulema se quede embarazada, ya que está viejo y enfermo, y entonces yo seré el visir. ¡Oh! ¡Alá! ¿Qué estoy pensando?... No permitas que mi corazón se envilezca... aunque Faruk merezca morir...”

Poco a poco, su excitación fue remitiendo hasta quedar sumido en un profundo sueño.

En la habitación de al lado, el visir observaba a los dos hermanos a través de un pequeño orificio en la pared, mientras rememoraba con deleite, el gozo que había sentido al contemplar el cuerpo desnudo de Fadel cuando se desvistió para acostarse la noche anterior.

\*\*\*

Después de que Faruk y Muntassir abandonaran el harén, la esposa del visir salió al pasillo y golpeó frenéticamente la puerta de Jaber. El joven comenzaba su jornada en las caballerizas al amanecer y a Zulema le urgía hablar con él antes de que marchase hacia las cuadras. Apenas disponía de unos momentos para contarle a su amigo el plan que llevaba urdiendo durante tres meses.

\_ ¡Jaber! Abre, por favor. Necesito hablar contigo con urgencia \_le apremió.

El muchacho, aún somnoliento, abrió la puerta y la dejó pasar.

\_ ¿Ha ocurrido algo, Zulema? Anoche oí a Faruk cerrando la puerta del harén. Di gracias a Alá por permitirme pasar toda la noche solo, aunque no pude dormir. Te oí discutir con un hombre. ¿Ha vuelto contigo el capitán Adsuar?

\_No, no ha vuelto. Tan solo fui para él un premio que mi esposo le otorgó por derrotar al ejército del Conde de Castillo Blanco. Fue él mismo quien me lo contó cuando se despidió de mí al enterarse de que estaba embarazada.

\_ ¡¿Estás embarazada, Zulema?! \_preguntó Jaber sorprendido.

\_Sí... Aunque aún no se me nota, calculo que estoy embarazada de cuatro meses.

\_ ¿Lo sabe el visir?

\_ ¡No! No lo sabe... Ese es el problema... Tú sabes que el malnacido de mi esposo no era la primera vez que me ofrecía como trofeo a un hombre para que se acostase conmigo... y no siempre fueron tan apuestos como el capitán Adsuar...

\_ ¿Qué piensas hacer? Si el visir se entera te matará.

\_No estoy segura de ello \_reflexionó Zulema\_. El hombre que estaba ayer en mi alcoba era su sobrino Muntassir. Faruk quería que hiciera el amor con él para engendrar un hijo de su propia sangre; por eso nos encerró a los dos con llave y después se marchó.

\_ ¡El degenerado! \_exclamó Jaber con desprecio.

\_Lo es, mi apreciado amigo... Por desgracia, ambos lo sabemos bien.

\_A veces deseo morir, Zulema...

La muchacha se sintió desolada al oír la confesión del amante forzoso de Faruk.

\_Yo he pensado a menudo en quitarme la vida, \_reconoció la esposa del visir, con tristeza\_ pero ayer conocí a Muntassir y volví a desear vivir. Le amo...

\_ ¿Cómo puedes decir que le amas si sólo habéis pasado juntos una noche? Estás diciendo disparates...

\_ Sé que lo que digo parece un despropósito... y que no es la primera vez que me sucede algo así. También creí estar enamorada del capitán Adsuar, pero esta vez es diferente. El corazón de Muntassir es hermoso y siempre suspiré por el amor de un hombre como él. Quiero ser su esposa.

\_ Zulema, tú nunca podrás ser la esposa de Muntassir, puesto que ya estás casada... a no ser que enviudases...

A Zulema le brillaron los ojos al pensar que, por fin, Jaber parecía comprender sus intenciones. Sin embargo, lo que realmente comenzaba a preocupar al muchacho era que le echasen de menos en los establos.

\_ He de irme... Hablaremos cuando vuelva. Los caballos tienen que estar a punto para el cambio de guardia. Los soldados que patrullan el jardín principal estarán a punto de regresar. No puedo arriesgarme a llegar tarde. Te veré al atardecer.

\_ ¡Espera, Jaber! No creo que el visir la emprenda contigo por llegar un poco después... Al fin y al cabo, eres su favorito.

\_ Eso es un golpe bajo, impropio de ti.

\_ No era mi intención... Escucha, te lo suplico... Tienes que ayudarme... Ni tú ni yo tenemos por qué soportar más vejaciones, y no me queda tiempo.

\_ ¿Qué quieres decir? Ve al grano, por favor.

\_ Tengo miedo \_dijo la mujer del visir entre sollozos\_. No sé quién es el padre de mi hijo, y es posible que mi esposo ya no vea con agrado que su heredero pueda ser el capitán Adsuar o cualquiera de sus amigos a los que permitió que me tomaran por la fuerza. Podría ordenar mi muerte...

\_ ¿Qué podría hacer yo? Olvidas que también estoy a su merced desde el día que perdonó la vida de mi padre a cambio de que yo me quedara en la fortaleza como esclavo. Nunca podré abandonar este palacio con vida.

\_ Todo puede cambiar para los dos... Escucha... Tú sabes que el médico me ha ido suministrando adormidera porque hace meses que no consigo conciliar el sueño, pero no me la he tomado, por lo que ahora tengo una cantidad importante. He pasado largas noches en vela cavilando...

\_ No sé si quiero seguir escuchando; ¿dónde quieres ir a parar, Zulema?  
\_la interrumpió Jaber con inquietud, intuyendo las maquinaciones de la

muchacha.

La guapa mora hizo callar a Jaber con un gesto.

\_No te lo pediría si me bastase yo sola para matar a Faruk \_manifestó la mujer con rotundidad\_. El visir apenas entra en mi dormitorio, pero sí en el tuyo. Sólo tendrías que echar la adormidera en su vaso \_dijo Zulema señalando el recipiente lleno de vino que se hallaba sobre la mesa\_. Todo el mundo sabe que mi esposo está enfermo del corazón, por lo que a nadie le sorprenderá si sus excesos le causaron la muerte.

\_No puedo... \_repuso Jaber, asustado.

\_ ¡¿Cómo puedes tolerar que ese engendro te humille y abuse de ti día tras día?! Sé que amas a la esclava Fátima y si Faruk no muere nunca podrá ser tuya.

\_Tampoco tú podrás tener al sobrino del visir si Faruk muere. Sé realista. ¿De veras piensas que Muntassir se casará contigo cuando descubra que estás embarazada de otro?

\_Le contaré la verdad cuando su tío haya muerto. Él es un buen hombre y se apiadará de mí... Y si no es así, le haré saber que mi hijo será el heredero de todas las posesiones del visir.

Jaber pensó en su amada Fátima, por cuyo amor suspiraba desde hacía ya un año sin que ella lo supiera, pues aunque la muchacha era una de las esclavas del harén, no se sentía digno de mirarla a los ojos. Zulema tenía razón, el visir le había convertido en un hombre sucio y merecía morir.

\_Te ayudaré, Zulema; no importa si nos descubren. No puede haber mayor tortura que la vida que ahora llevamos. Incluso la muerte sería una bendición.

\_Gracias... \_susurró la joven mientras besaba las manos de su amigo como gesto de agradecimiento.

\_Ahora debo irme. Lo tendremos todo dispuesto para cuando el visir venga a visitarme.

Zulema regresó a su habitación con lágrimas de alivio en sus ojos. La bella esposa de Faruk se sintió esperanzada.

"Todo saldrá bien" \_se dijo a sí misma sonriendo maliciosamente.

Ya en su dormitorio, se miró al espejo y comenzó a peinarse su largo y sedoso cabello. De pronto notó el leve movimiento de la nueva vida que

se estaba gestando en su vientre.

“No, aún no, maldito bastardo” \_pensó la mujer con una cólera irrefrenable\_. “¡Desaparece! ¡Desaparece!”

Zulema se golpeó el abdomen con rabia.

“Ojalá pudiese hacer creer a Muntassir que el hijo que llevo en mis entrañas es suyo.”

Pero Zulema sabía que aquello era imposible; tan sólo le faltaban cinco meses para dar a luz.

\*\*\*

Jaber había vertido la adormidera en el jarrón de vidrio que utilizaba para el vino, del cual servía a Faruk cuando se presentaba en su alcoba.

El joven estaba nervioso y asustado, pero decidido a cumplir la promesa que le había hecho a Zulema. Llenó de agua la jarra con la que solía servirse él mismo. Sabía que Faruk no sospecharía nada, pues el muchacho nunca bebía alcohol. Luego dejó ambos recipientes sobre la mesa y se sentó en la cama a esperar.

El visir solía acudir al anochecer a su dormitorio, pero aquella noche se estaba demorando más de lo previsto y consideró con preocupación que no buscara su compañía.

Poco después oyó abrirse la puerta trasera del harén. Faruk no estaba solo. Reconoció la voz del hombre que había pasado la noche anterior con Zulema. La presencia de Muntassir en la alcoba contigua le llenó de inquietud, aunque supuso que el sobrino del visir no tendría la intención ni la osadía de interrumpirles. No obstante, no podía evitar pensar en la posibilidad de que la muerte de Faruk no fuese fulminante y sintió pánico. Se preguntó qué pasaría si el visir pedía ayuda.

Jaber escuchó a Zulema saludar a Muntassir, pero no había oído al gobernante cerrar con llave la puerta del dormitorio. Eso suponía que el sobrino del visir podía salir de los aposentos de la mujer si así lo deseaba. Intentó tranquilizarse. Zulema era quien había planeado la muerte de su esposo, y tenía tanto interés como él en que su plan tuviera éxito.

El visir entró en la alcoba del muchacho y cerró la puerta con llave. Encontró a Jaber esperándole sentado sobre su mullido colchón. El joven se puso en pie de inmediato. Faruk advirtió que la mesa estaba preparada a su gusto. Además del vino, le había servido en una bandeja un surtido

de sus dulces favoritos.

\_ ¡Vaya! \_exclamó con una sonrisa de satisfacción\_. Veo que me estabas esperando... Me alegra saber que me echabas de menos.

\_Estabas tardando, mi señor.

\_ ¡Ay, Jaber! ¿Quién te iba a decir a ti cuando llegaste a la fortaleza que aguardarías mi presencia con tanta impaciencia? No recuerdo cuánto tiempo hace que llegaste aquí.

\_Hoy hace exactamente cuatro veranos \_respondió con fingida emoción\_. He dispuesto la mesa como más te gusta. Hoy es un día de celebración.

\_Ya veo, ya veo... Y dime, querido mío, ¿ya no echas de menos a tus padres? Recuerdo lo mucho que te costó acostumbrarte a mí... Tuve una paciencia infinita contigo...

\_A mis padres los llevo siempre en el corazón..., aunque te recuerdo que mi madre murió al poco de venirme a vivir al palacio... Sin embargo, nunca te he reprochado nada, pues no olvido que fuiste benévolo y perdonaste la vida de mi padre a cambio de que yo me quedara aquí.

\_Ciertamente... Tu padre llevaba mucho tiempo sin pagar sus impuestos. No podía pasar por alto su eterna excusa de que la posada no le daba ni para comer.

Jaber asintió con la cabeza, intentando disimular el odio y la ira que le corroían por dentro.

\_Además \_continuó el visir\_. No puedes negar que siempre te he tratado como a una reina.

Faruk se dejó caer sobre un cojín enorme y se desternilló durante un buen rato mientras se retorció de risa al son de sus carcajadas. Cuando hubo terminado extendió su mano hacia Jaber.

\_ ¡Anda! Ayúdame a levantarme y bebe conmigo por una vez. Como tú dices, tenemos algo que celebrar. Sírreme un gran vaso de vino y sírvete otro para ti... y sentémonos en la cama.

Jaber puso la bandeja de dulces sobre su lecho, llenó los dos vasos hasta el borde y dio un pequeño sorbo.

\_Así no, mi amor. Bebe como un hombre... porque nosotros somos hombres, ¿verdad, cariño?

\_Sabes que no tengo costumbre de beber...

\_Observa y aprende de mí.

Faruk se bebió el vaso de un solo trago.

\_ ¡Venga! Sírveme otro y acompáñame \_ordenó el visir.

Jaber volvió a llenar el vaso del gobernante y volvió a dar dos sorbos más, al tiempo que el visir engullía el líquido, de sopetón. De repente, Faruk comenzó a sentirse mal. Ya no se retorció de risa sino de dolor y tenía gran dificultad para respirar. El corazón le latía de forma irregular e intuyó que Jaber le había envenenado. Sintió el deseo de estrangularle con sus propias manos e intentó desesperadamente recobrar sus fuerzas, pero vio que el muchacho yacía en el suelo desmayado, o quizás muerto. Entonces pensó en Zulema.

“Ella es la víbora ingrata que desea mi muerte y la de mi amante. La arpía jamás ha podido asimilar que nunca la haya deseado y no la haya colmado de atenciones como he hecho con Jaber.”

Apoyándose en las paredes y dando tumbos, logró llegar hasta la puerta del dormitorio de su esposa e intentó abrirla sin éxito.

\_ ¡Muntassir! ¡Ayúdame, sobrino! Me estoy muriendo...

Faruk intentaba gritar, pero el sonido de su voz era casi inaudible. Tambaleándose, consiguió golpear la puerta de la alcoba de su mujer. Su sobrino se levantó despacio de la cama, se cubrió con su túnica y salió al pasillo, donde encontró a su tío, enrojecido por la asfixia y luchando en vano por seguir respirando.

Muntassir permaneció inmóvil y Zulema se situó a su lado, expectante. Ambos clavaron la vista en el moribundo gobernante, pero ninguno de los dos hizo nada por socorrerle.

\_Ayúdame, hijo \_suplicó Faruk, con la voz entrecortada por su agonía\_.  
Ve a mis dependencias y pídele a mi sirviente que me traiga mis medicinas... Te lo ruego... Ella me ha envenenado... y también a Jaber.

\_ ¡No lo hagas! \_le rogó Zulema.

Después se encaminó estremecida hacia el cuarto de Jaber, quien poco a poco iba recuperando la consciencia.

\_ ¿Estás bien, Jaber?

\_Sólo le di tres sorbos al vaso... ¿Y Faruk?

\_Aún no ha muerto. ¡Vamos! Apóyate en mí. Tenemos que impedir que su sobrino le salve la vida.

Los dos cómplices encontraron a Muntassir sentado en el suelo enfrente de su tío, con los ojos cerrados y la cabeza entre sus manos. Jaber y Zulema se sentaron junto a él.

El sobrino del visir abrió los ojos y los tres contemplaron inexpresivos al gobernante, que agonizaba.

\_ ¿Ninguno de vosotros va a ayudarme? \_sollozó Faruk sintiendo que su vida se apagaba.

Nadie se movió. Poco después, su cruel corazón dejó de latir.

*Continuará.*



